

La chica
de los
deportes



Olivia Kiss

La chica de los deportes

#2 Serie Chicas Magazine

Sinopsis

Zoe Matson siempre ha soñado con trabajar en la sección de deportes de la revista Golden Millers y, ahora que por fin lo ha conseguido tras años de esfuerzo, no puede ser más feliz.

Pero eso está a punto de cambiar, porque cuando le piden que acompañe al equipo de hockey de los New York Rangers, no puede negarse. Lo que no esperaba era que Jaxon Baker, el capitán del equipo, fuese tan insufrible. Desde el primer instante, saltan chispas entre ellos. Zoe sabe que le quedan unas largas y duras semanas por delante de trabajo. Y Jaxon sabe que las mujeres como Zoe están destinadas a convertirse en una complicación y no está dispuesto a bajar la guardia cuando ella está cerca.

Pero ¿cómo resistirse a la innegable atracción que sienten?

1

Zoe siempre había sido una persona de ideas claras. Por eso supo que quería dedicarse al mundo deportivo desde que entró en la universidad para cursar la carrera de periodismo. Aunque, en realidad, podría decirse que fue mucho antes, dado que ya desde pequeña el momento preferido de Zoe eran los domingos, cuando su padre y sus hermanos la dejaban quedarse con ellos en el sótano de casa para ver los partidos. Y no le resultó fácil conseguir ese derecho. Su padre era un hombre testarudo de ideas retrógradas que no entendía por qué a Zoe le interesaba más lanzar un balón que jugar a las muñecas. Tardó años en rendirse, en dejar de regalarle vestidos cada Navidad y cada cumpleaños, y en admitirla en *el círculo de los chicos*, expresión que Zoe odiaba de por sí. Porque ella era una chica, le gustaban los deportes y, por consiguiente, no entendía qué tenía de malo que ambas cosas fuesen de la mano.

Durante mucho tiempo ignoró las miradas hoscas de su padre y de sus hermanos, igual que decidió no prestar atención a las chicas de cabeza hueca del instituto que se metían con ella. Contrariamente a lo que podría haber ocurrido, a Zoe sus comentarios maliciosos solo la hacían sentir más fuerte y poderosa. Una vez en la universidad, todo mejoró.

En cuanto puso un pie en el campus, lejos de casa y del pueblo en el que había crecido, Zoe se sintió como si acabase de liberarse de esas cadenas que llevaban años atándola. Durante sus años en la universidad, asistió a fiestas, estudió y conoció a mucha gente, entre ellas, a su mejor amiga: Jane Davis. Hoy en día, seguía siendo su compañera de piso y trabajaba en la misma revista que ella, aunque en una sección diferente.

Por eso, cuando el jefe Dominic Miller le comunicó que iba a permitirle trabajar en la sección deportiva de forma indefinida, Zoe casi corrió por los pasillos hacia el despacho de su mejor amiga. Abrió la puerta con una sonrisa tan inmensa que daba miedo.

—¡Me han dado el puesto! ¡Me lo han dado!

Jane se levantó de la silla y las dos se abrazaron con fuerza antes de empezar a dar saltitos. Cuando se separaron, su amiga se alisó la blusa impoluta que vestía.

—Espero que nadie nos haya visto —añadió cerrando las persianas.

—¿Qué más da, Jane? ¡Acabo de cumplir mi sueño!

Porque eso siempre fue lo que Zoe había deseado. No imaginaba nada mejor que poder escribir en la revista en la que trabajaba dedicándose a lo que de verdad le gustaba: los deportes. Todos y cada uno de ellos, aunque, por supuesto, como todo el mundo, tenía sus preferencias. Cuando el jefe, al que todos en la redacción apodaban como *la Bestia*, la había hecho llamar a su despacho, empezó a temerse lo peor, a sudar y a notar cómo se le aflojaban

las rodillas mientras se dirigía hacia lo que muchos conocían como *el infierno*. Y al final había resultado que aquel era uno de los mejores días de toda su vida.

—Tenemos que salir a celebrarlo —dijo Jane.

—Avisaré a Gina. —Frenó antes de salir—. Por cierto, esa chica que ahora es la secretaria del jefe, ¿cómo se llamaba...? Ah, sí, Ava Bell, ¿no crees que deberíamos invitarla?

—No lo sé, ¿has hablado con ella alguna vez?

—No mucho. Pero lleva aquí ya dos meses y eso es más tiempo del que cualquier asistente de *la Bestia* ha durado trabajando en la revista. Quizá sea hora de que la conozcamos mejor.

—Sí, claro. Díselo. —Jane le sonrió.

Zoe salió emocionada del despacho y pasó por el pequeño cubículo de Gina para comunicarle que aquella noche tenían salida de chicas. Después, aún con la emoción desbordante en el cuerpo, invitó a Ava Bell a la velada y, para su sorpresa, la chica aceptó de inmediato antes de seguir trabajando en lo suyo con gesto de concentración.

Cuando llegó a su nuevo cubículo, Zoe encendió el ordenador, sonrió y comenzó a realizar las tareas que tenía pendiente. Hasta que la aguja del reloj no marcó la hora en la que terminaba su jornada, no volvió a levantar la vista de la pantalla. Y cuando lo hizo, sonrió satisfecha y se cambió los zapatos planos que llevaba puestos por unos de tacón que guardaba en una caja dentro

de su taquilla. Se aplicó un poco de pintalabios, colorete, rímel y se levantó llena de energía con ganas de salir a tomarse una copa con sus amigas.

Sky Room era un local moderno en lo alto de un edificio de Nueva York donde servían buenas copas. Tenía cuatro terrazas y era agradable poder bailar bajo las estrellas y el cielo oscuro de la ciudad. La música ofrecía un ambiente relajado y perfecto para pasar un rato divertido en el que desconectar del trabajo y de todo lo demás.

—¡Por Zoe y sus sueños! —gritó Gina entusiasmada antes de chocar su copa con las de las demás en un brindis improvisado.

—Gracias chicas, de verdad. Sois increíbles.

Zoe miró a sus amigas e intentó no echarse a llorar, porque en el fondo era más sentimental de lo que deseaba admitir. Allí estaba Jane, que, aunque era todo lo contrario a ella, seria y muy correcta, se había convertido en su alma gemela desde que pisó la universidad. También Gina, a la que conoció después, cuando empezó a trabajar en la revista, dado que ella era la jefa de la sección de prensa rosa; una chica alocada y risueña, siempre dispuesta a comerse el mundo y a pasar un buen rato. Y por último fijó sus ojos en Ava Bell, la nueva secretaria del jefe. Lo cierto era que no podía decirse que fuesen amigas, puesto que apenas la conocía, pero había algo en esa chica que le gustaba; quizá era por su mirada inteligente o porque parecía capaz de

conseguir fabricar una bomba con un ovillo de lana, una cerilla y un par de clavos. Lo único que sabía era que Ava le gustaba por la sencilla razón de que era capaz de enfrentarse cada día a Dominic Miller y no morir en el intento.

—Deberíamos pedir otra copa —dijo Gina.

—¡Mojito para mí! —exclamó Jane.

—Otro más —añadió Ava sonriente.

El camarero se las sirvió en apenas unos minutos.

Zoe miró a Jane fijamente cuando se dio cuenta de que su amiga parecía más que entusiasmada mirando el móvil, cuando normalmente apenas le prestaba atención. Sonrió al recordar que desde hacía poco salía con su nuevo jefe, Gabe Jenkins, director de la sección deportiva y la persona que la acompañaba en su trabajo. Carraspeó.

—Jane, cielo, he visto un unicornio.

—Ajá, pienso lo mismo.

—Y escupía purpurina rosa.

—Ya, tienes razón.

—¡Jane, demonios! —Las demás se echaron a reír y su amiga levantó de inmediato la vista del teléfono móvil—. No me estabas escuchando, ¿qué es eso tan importante que te traes entre manos? Vamos, compártelo con todas. Aquí no tenemos secretos.

—Es... es Gabe... —balbuceó insegura.

—¿Y qué pasa con él? —inquirió.

—Me manda mensajes...

—¿Y no pueden esperar? —siguió Gina.

—Sí, pero es que son mensajes... especiales.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡No me digas que te manda mensajes calientes! —Zoe se llevó una mano a la boca para no reír y Gina estuvo a punto de escupir el trago que acababa de darle a su bebida mientras Ava sonreía discretamente—. ¡Eso tengo que verlo!

—No creo que sea apropiado —dijo Jane.

—¿Por qué no? ¡Somos amigas! Yo siempre te lo cuento todo sobre mis ligués.

—Pero no es lo mismo. Gabe es tu jefe ahora.

—Prometo que no lo tendré en cuenta durante el trabajo.

—¡Venga, Jane! Alégranos la noche —rogó Gina.

—Está bien... —Jane suspiró—. Veamos, el último dice: “*estoy deseando tenerte desnuda en mi cama para lamerte entera como si fueses un helado de chocolate, ¿eso te gustaría, ratita?*”

Las risas inundaron el reservado en el que estaban.

—¿Y qué le has contestado? —preguntó Ava.

—Estaba pensando... aún no se me ha ocurrido nada.

—Es un tío, lo que significa que ir a lo básico y fácil siempre es lo mejor —explicó Zoe gesticulando con las manos—. Así que dile que tú también

quieres chupársela y ya está.

—¡Zoe! —Jane se sonrojó—. ¡Ni de broma!

—¿Por qué no? Es la realidad. O si lo prefieres de forma edulcorada y respondiendo a su metáfora, contesta que *también deseas lamerlo como si fuese un helado de vainilla*.

—Eso me parece más razonable. —Jane sonrió.

Zoe puso los ojos en blanco mientras se terminaba el mojito. Lo cierto era que, desde siempre, igual que había tenido las cosas claras en el trabajo, las tuvo también en su vida personal. A Zoe le gustaban los hombres. Y también el sexo. Le gustaba, de hecho, la combinación de ambas cosas juntas e intentaba disfrutar de ello con frecuencia, sin sentirse culpable y siempre con la verdad por delante. Había tenido varias parejas más o menos estables a lo largo de su vida, pero con ninguna se llegó a sentir como si fuese a perder la cabeza, tan solo le resultaba agradable que formasen parte de su vida. Así que se había limitado a coger los placeres que el mundo le ofrecía, exprimirlos con alegría como quien tiene un limón y decide hacer una limonada dulce y no esperar nada que no fuese a llegar. Como, por ejemplo, un príncipe azul. Para empezar, porque a ella no le interesaba ni necesitaba algo así. Y para continuar porque conocía demasiado bien a los hombres como para desear verse atrapada por uno de ellos. No, eso no iba con Zoe.

—El camarero no ha dejado de mirarte —le dijo Gina.

—¿En serio? —Zoe le echó un vistazo. Era guapo—. ¿Alguna lleva un

bolígrafo?

Ava Bell se convirtió en una especie de robot eficiente y sacó cinco de diferentes colores y tamaños de su minúsculo bolso de mano. Todas se quedaron mirándola asombradas.

—Vaya, esto no me lo esperaba —dijo Zoe—. Pero gracias.

—No hay de qué. Trabajar para Dominic tiene sus ventajas. Una termina llevando en el bolso cosas inimaginables. —Se guardó el resto con una sonrisa.

Cuando el camarero regresó para llevarse el tique, descubrió que Zoe había escrito en la parte de atrás su número de teléfono y se sonrojó como un crío que no está acostumbrado a enfrentarse a una mujer directa y decidida. Ellas se rieron mientras lo veían marchar.

2

Zoe parpadeó un par de veces antes de conseguir abrir los ojos con lentitud. La luz del sol de la mañana se colaba por la ventana con vistas a la ciudad de Nueva York y el ruido de los coches circulando por las calles era lo único que rompía el silencio. Al menos hasta que escuchó un leve ronquido a su lado y se giró con el ceño fruncido.

Allí estaba el camarero al que le había dado su teléfono la noche anterior. Zoe suspiró hondo y se dijo que debía de haber bebido más de la cuenta para terminar dejándole dormir con ella, porque era algo que rara vez hacía; prefería ahorrarse el mal trago de tener que enfrentarse a un momento incómodo de buena mañana. Intentó mantener la calma, se puso en pie, fue al baño a lavarse los dientes y, por suerte, cuando regresó a su dormitorio él estaba acabando de ponerse la camiseta. El chico era mono y parecía simpático.

—Buenos días —dijo ella—. ¿Has dormido bien?

—Esto... sí. —Le sonrió—. ¿Tienes café?

Zoe intentó elegir bien sus siguientes palabras.

—Tengo. Como también tiene la cafetería que hay en esta misma manzana. Lo siento, pero debo irme a trabajar ya o llegaré tarde, así que...

—Es domingo —contestó él malhumorado.

—Trabajo los domingos. —No pensaba explicarle que, de hecho, era casi el día que más trabajaba junto al resto del finde semana, cuando más partidos se disputaban.

—Está bien, no importa. Sé captar una indirecta.

—Te lo agradezco mucho, Brad... —comenzó a decir mientras lo acompañaba hasta la puerta del pequeño apartamento que compartía con su amiga Jane.

Él le dirigió una mirada airada de lo más desagradable.

—De nada. Y me llamo Ben. —Se fue dando un portazo.

Zoe chasqueó la lengua, recriminándose por no haberse acordado, aunque, a decir verdad, apenas tenía muy claro qué había ocurrido exactamente la noche anterior; solo sabía que se lo habían pasado bien, que Gina gritaba como loca, que Jane no dejaba de mandarle mensajes cada vez más subidos de tono a su novio Gabe y que Ava era más divertida de lo que todos podrían haber imaginado en la redacción sabiendo que era la secretaria del jefe más estirado y frío que existía sobre la faz de la tierra. Así que había valido la pena.

Como su amiga aún dormía, Zoe decidió desayunar un café para llevar de camino a la oficina. Gabe Jenkins, su superior, ya estaba allí cuando ella llegó. Le sonrió.

—Alguien se lo pasó muy bien anoche...

—Una salida de chicas. Estábamos celebrándolo.

—Ya me imagino. ¿Jane sigue durmiendo?

—Como un lirón —contestó sonriendo—. La pobre no está acostumbrada a beber y terminó desmadrándose un poco. ¿Te llegó algún mensaje interesante?

Gabe alzó una ceja y sonrió travieso antes de carraspear.

—Luego. Cuando terminemos el turno de trabajo.

—Cierto, que ahora eres mi jefe. —Se sentó delante de su escritorio—. ¿Y bien? ¿Qué tenemos que hacer hoy? El partido de los New York Rangers no empieza hasta después de la comida, pero recuerdo que dejé a medias ese artículo sobre los cien metros lisos...

—Zoe, antes tenemos que hablar.

Ella arrugó la nariz al percibir que el tono habitualmente bromista de Gabe era ahora serio, algo que no le gustó nada. Se llevó una mano al pecho.

—¡No me digas que me vais a despedir! ¡Pero si celebré ayer mi nuevo trabajo y juro que estoy dispuesta a sacrificarme por esta empresa día y noche si me dais una oportunidad...!

—Me alegra oír eso. —Gabe le mostró una sonrisa pequeña—. La cuestión, Zoe, es que anoche estuve cenando con los Miller y resulta que Dominic ha conseguido cerrar un acuerdo en el que llevábamos trabajando varios meses. Un acuerdo fantástico.

—¿De qué estás hablando exactamente?

—Un redactor deportivo de esta revista acompañará a los New York Rangers durante varias semanas; será casi como un miembro más del equipo, no solo retransmitirá los partidos en la plataforma online, también hará entrevistas especiales a los jugadores y reportajes de los actos a los que está previsto que acudan, ya sabes, galas benéficas, cenas de equipo...

—¡Pero eso es genial, Gabe! No me lo puedo creer...

—Sí, los New York Rangers necesitan hacer un lavado de imagen a algunos de sus jugadores después de los problemas de la temporada pasada.

—¿Y qué es lo que te preocupa? Puedo encargarme perfectamente sola de los contenidos habituales de la revista mientras tú estás con el equipo, te lo prometo.

—Ya. La cuestión es que he pensado...

—Vamos, ¡suéltalo ya, Gabe! —pidió nerviosa.

—He pensado que podrías acompañar tú a los New York Rangers.

El silencio se filtró en el pequeño despacho mientras Zoe parpadeaba sorprendida e intentaba asimilar la situación, porque no hacía ni una semana que aquel puesto de trabajo era suyo de forma permanente y estaba demasiado conmocionada.

—¿Bromeas? —preguntó alzando la voz.

—No. Estaba previsto que fuese con ellos; sin embargo, con todo esto de Jane... —Se aclaró la garganta con incomodidad—. Sé que suena estúpido, pero acabamos de empezar a salir y quiero demostrarle que voy en serio con

ella. No puedo fallarle. Ya sabes lo insegura que es y si acepto ir con el equipo serán unas semanas muy intensas de trabajo, así que pensé que quizá para ti sería un buen impulso, ahora que estás empezando...

Zoe no pudo evitar sonreír con ternura.

Al principio, cuando Gabe Jenkins aseguró estar realmente enamorado de su mejor amiga, no le hizo ni pizca de gracia y ni se le pasó por la cabeza creerlo, porque, hasta entonces, Gabe tenía fama de mujeriego y de romper corazones a menudo. Pero se había equivocado. Gabe y Jane estaban hechos el uno para el otro, él tan despreocupado y ella tan perfeccionista y correcta, y se merecían tener un buen comienzo juntos.

—Es una oportunidad increíble, jefe —respondió.

3

Zoe nunca había estado tan nerviosa y eso que, normalmente, ella era una chica que no se inquietaba con facilidad. Sin embargo, no todos los días entraba en el vestuario de los New York Rangers. Para la ocasión, había elegido minuciosamente su ropa: una falda de tubo oscura que Jane le había dejado, una camisa impoluta y zapatos de tacón. Llevaba el pelo suelto con algunas ondas enmarcando su rostro y albergaba la esperanza de que el estilismo le diese una imagen decidida y fuerte, porque lo último que le convenía era aparentar lo contrario delante de más de veinte chicos que eran todo músculo y hormonas.

El director del equipo, Rusell, se presentó y habló largo y tendido con ella sobre lo que pretendían conseguir tras llegar a ese acuerdo comercial con la revista Golden Miller. La idea era básica: mostrar una cara distinta de los jugadores. Es decir, suavizar lo que el público pensaba de algunos de ellos y del equipo en general. Era importante que dejaran de parecer bestias sobre el hielo capaces de matar por conseguir darle al disco de hockey y sacar a relucir su lado más humano, ese que conseguiría que los contratos publicitarios les lloviesen.

Zoe tenía muy clara su función allí.

Por eso cuando avanzó hacia los vestuarios con Rusell pisándole los talones intentó demostrarlo y dejar atrás los nervios que parecían perseguirla. El director del equipo llamó a la puerta y gritó algo así como: “*¡Tenemos visita, chicos! Estad presentables y vestidos*”. Después abrió y Zoe lo siguió hacia el interior mientras contenía el aliento.

Más de una docena de ojos se quedaron fijos en ella.

Notó que se le encogía el estómago, pero se obligó a no flaquear y les mostró una sonrisa encantadora, pero que no era dulce en absoluto. Rusell la miró.

—Chicos, os presento a Zoe Matson, redactora de la revista Golden Miller. A partir de ahora, como os comuniqué hace unos días, nos acompañará. Espero que la tratéis como a uno más de los New York Rangers y que deis una buena imagen del equipo.

Nadie aplaudió. El silencio fue aplastante.

Zoe carraspeó antes de coger el turno de palabra.

—Gracias por... la bienvenida —dijo sin cortarse y escuchó alguna risita de fondo, lo que al menos le indicaba que esos hombres no estaban hechos de roca y eran humanos. Bien. Cogió aire de golpe—. Como acaba de decir el director, a partir de ahora estaré con vosotros, así que espero que intentemos que la convivencia sea lo más sencilla posible. Soy una gran fan de los New York Rangers y estoy segura de que el trabajo que vamos a desempeñar será muy beneficioso para todos nosotros. Así que, sí, estoy encantada de estar

aquí. Si tenéis cualquier pregunta o duda, no tengo ningún problema en respond...

Antes de que pudiese terminar de hablar, varias voces se levantaron en medio del vestuario sin respetar el turno de palabra habitual.

—¿Tienes novio?

—¿Hasta cuándo te quedarás?

—¿También nos acompañarás en las duchas?

Zoe apretó los labios furiosa. Y ese gesto pareció ser el detonante de la carcajada ronca y masculina que, de repente, inundó los vestuarios. Ella dirigió su mirada hacia allí. Jaxon Baker, el capitán del equipo, se lo estaba pasando en grande con la situación.

Ella notó que algo se encogía en su estómago al verlo tan de cerca. Era enorme. Un metro noventa de músculo, fuerza y liderazgo. Tenía el cabello negro, los ojos de un verde tan intenso que recordaba a algún animal salvaje y las facciones de su atractivo rostro contraídas en una mueca de diversión y de... desprecio. Zoe lo captó en un segundo.

Rusell apoyó una mano en su hombro y negó con la cabeza, como diciéndole que esos chicos eran una causa perdida, antes de salir de los vestuarios y dejarla allí sola. En realidad, lo que ella debería haber hecho es seguirle y largarse de allí hasta el día siguiente, pero su orgullo no se lo permitió. Se quedó quieta unos segundos, viendo cómo todos parecían ignorarla y volvían a lo suyo, cerrando y abriendo taquillas o, por desgracia,

desnudándose como si ella no existiese o no tuviesen ningún pudor, lo que era bastante probable.

Se abrió paso entre la marea de cuerpos masculinos cubiertos de sudor y caminó hasta el final de los vestuarios donde el capitán de equipo estaba parado delante de su taquilla. Acababa de ponerse unos auriculares de música y ni siquiera parecía ser consciente de que ella seguía allí, dentro de su territorio. Sintió un escalofrío al fijarse en los músculos de su espalda desnuda, ya que solo llevaba puestos los pantalones cortos de deporte. La piel dorada por el sol relucía bajo los focos del vestuario y su perfil era perfecto a excepción de una leve y casi imperceptible desviación en su nariz, que, con total seguridad, era a causa de habérsela partido varias veces en el terreno de juego.

Alargó una mano y le tocó el hombro para llamar su atención. Se apartó al instante, no solo por el estremecimiento que la recorrió al rozar su piel, sino porque Jaxon Baker le dirigió una mirada tan letal que cualquier otra persona en su posición se hubiese echado a llorar de inmediato antes de darse media vuelta para marcharse corriendo.

Se quitó los auriculares con gesto de desconcierto.

—¿Qué demonios haces aún aquí? —escupió.

—Venir a hablar contigo, evidentemente.

—Evidentemente —repitió él con burla—. ¿Dónde has aprendido a hablar de una forma tan repelente? —Cerró su taquilla con fuerza. Zoe miró a su

alrededor y agradeció ver que la mayoría de los jugadores del equipo ya se habían marchado a las duchas.

—¿Eres siempre así de insufrible o solo a ratos?

—Siempre. —La miró desafiante.

—Qué desgracia. Tan guapo y tan bobo.

Zoe resopló y después se dio la vuelta al empezar a dirigirse hacia la puerta de salida. Todavía no había dado tres pasos cuando notó la presencia de él a su espalda y escondió una sonrisa, porque eso era precisamente lo que había pretendido: provocar a Jaxon Baker.

—¿Qué acabas de decir? —Su voz era hielo.

—¿Encima tampoco tienes mucho oído?

Se giró para mirarlo de frente. Jaxon tenía sus ojos verdes fijos en ella y parecía estar reflexionando sobre su próximo movimiento. Sin embargo, lo que Zoe no esperaba era que avanzase hacia ella como un tigre, hasta el punto de que se vio acorralada con la espalda contra la pared de los vestuarios y el cuerpo de Jaxon delante, casi rozando el suyo. Tragó para deshacer el nudo que tenía en la garganta, que era tan fuerte que apenas podía respirar.

—Escúchame bien, preciosa. Todo esto que ves aquí, es mi territorio. Este vestuario. Este equipo. Y nada se me da tan bien como jugar, así que te aconsejo que no me toques las narices. Me importa una mierda la revista, lo que diga el director y todas esas tonterías. Lo único que sé es que tu presencia aquí es un incordio.

—Pues vas a tener que acostumbrarte —replicó ella.

—Eso ya lo veremos. Y, ahora, largo de aquí, ¿o es que acaso estás esperando a que me desnude? —Alzó una ceja mientras dirigía sus manos hacia la goma del pantalón, que era lo único que llevaba puesto. Zoe notó que tenía la boca seca antes de sacudir la cabeza, dar media vuelta y salir de allí sin mirar atrás, enfadada consigo misma, porque en aquel momento el juego había comenzado, ese que no se desarrollaba en la pista de hielo, y Jaxon Baker había anotado el primer tanto, probablemente porque era un ganador nato.

El problema era que Zoe jamás se rendía.

4

Jaxon Baker solo vivía para una cosa: el hockey sobre hielo. Todo lo demás le parecía prescindible y efímero, desde el dinero hasta las mujeres. Lo único que de verdad le importaba era ganar, en todos los sentidos. Y no era algo que se limitase solo al deporte, sino a cualquier ámbito, desde una partida al parchís hasta una competición por ver quién comía más perritos calientes. Jaxon sentía constantemente la necesidad de demostrar que era el mejor, así que sencillamente lo hacía y se esforzaba por mantener después el puesto.

Tras ducharse y salir de los vestuarios, se dirigió directo hacia el lujoso ático en el que vivía conduciendo el último coche deportivo que la directiva del equipo les había regalado a todos sus miembros. Aparcó en el garaje y, cuando llegó a casa, buscó en la nevera algo para picar. Mientras cenaba contemplando las vistas de la ciudad, pensó en Zoe Matson.

La chica tenía agallas. Pero no tantas como él.

También era guapa, aunque no se parecía a las mujeres con las que él solía salir cuando le apetecía tener algo de compañía. Zoe era bajita, con una cintura estrecha y un culo respingón en el que Jaxon había reparado en cuanto ella se dio la vuelta para salir de los vestuarios. Tenía una mirada desafiante

que le hizo sentir algo que creía haber olvidado hacía mucho tiempo: curiosidad. Y eso no era nada bueno, porque Jaxon quería que todos sus sentidos estuviesen puestos en el terreno de juego y no en esa chica entrometida.

Cuando terminó de cenar, se dio una ducha y se metió en la cama. Antes de quedarse dormido, repasó mentalmente todas y cada una de las jugadas que ese día habían ensayado con el entrenador. Así que Jaxon se durmió pensando en el hockey con la esperanza de despertarse pensando en eso mismo, cosa que no ocurrió. Porque, cuando abrió los ojos, no solo tenía una erección, sino que las imágenes del tórrido sueño que había tenido con Zoe Matson desfilaron por su cabeza atormentándolo. Gruñó, literalmente.

—Mierda.

Dos días después, justo cuando Jaxon había conseguido dejar de pensar en esa pequeña entrometida, volvió a verla. Al llegar al autobús que los trasladaría hasta la ciudad en la que tenían el siguiente partido, Zoe ya estaba allí, acomodada en un asiento al lado de la ventanilla con los auriculares puestos y mirando sin parpadear a todos los jugadores que iban entrando en el bus y recorriendo el pasillo principal.

Jaxon pasó por su lado, pero no la saludó.

Reprimió una sonrisa al ver su gesto de enfado y siguió adelante, hacia el

fondo. Se sentó allí y, cuando el bus arrancó y empezó a circular hacia las afueras, sacó un libro de su mochila y se puso a leer mientras las voces del resto de los jugadores se alzaban a su alrededor.

—Eh —Rick le dio un codazo—, ¿qué opinas de la chica?

—No te entiendo. —Lo miró de reojo.

—Está buena, ¿no? Y soltera. ¿Tenemos vía libre?

Jaxon necesitó unos segundos para asimilar lo que intentaba decirle. Solía ser así: al ser el capitán del equipo, los chicos actuaban en consecuencia en todos los sentidos. Algunos de sus compañeros lo miraban expectantes a la espera de su respuesta; por suerte, Zoe estaba sentada en la primera fila y era imposible que pudiese escucharlos.

—Mantened las manos lejos de ella —gruñó y, cuando se dio cuenta de que había sonado demasiado brusco, aflojó el tono—. Ya sabéis lo que opino de mezclar trabajo con placer.

—Pero no es de la plantilla —se quejó Sean.

—Como si lo fuese. Ahora está trabajando, ¿no?

—Sí, pero... —Rick lo miró insistente.

—Nada de *peros*. —Abrió el libro de nuevo.

—Está bien, pues en ese caso, si vamos a tratarla como a una más del equipo, deberíamos actuar en consecuencia, ¿cierto? —Sean miró a sus compañeros divertido—. Ya sabéis, todos nosotros tuvimos que pasar por muchas novatadas antes de ser aceptados...

Se escucharon algunas risitas cómplices.

—¿No estás de acuerdo, capitán? —Rick lo miró.

Una parte de él sintió compasión por lo que a Zoe le esperaba por delante si dejaba que los chicos empezasen el proceso para aceptarla dentro del círculo del equipo, la otra tuvo de repente muchas ganas de ver a esa chica desafiante encajando cada una de las novatadas.

Gracias a su altura, pudo verla a lo lejos, con la cabeza fija en la ventanilla. Contempló su nuca a la vista al llevar el pelo recogido en una coleta y no pudo evitar sonreír malévolamente.

—Claro que estoy de acuerdo —dijo al fin.

—¡Va a ser genial! Deberíamos empezar por *el cubo*.

—*El cubo* es el plato fuerte. Las batallas se saborean poco a poco — comentó sin dejar de repasar mentalmente todas las novatadas por las que habían pasado los chicos del equipo.

—¿En qué estás pensando, Baker? —le preguntó su mejor amigo, el defensa Ethan Six.

—Aún no lo he decidido, pero tenemos tiempo hasta que lleguemos a la ciudad.

Tres horas después, los jugadores bajaron del autobús y se dirigieron hacia el hotel en el que se hospedarían esa noche, antes de que disputasen el partido la tarde siguiente. Antes de que ella pudiese marcharse tras coger la llave de su habitación, Jaxon la llamó delante de todos los demás. Zoe se giró y lo

miró con cierta desconfianza.

—Ya que vas a estar merodeando por aquí... —empezó a decir él—, ven esta noche a cenar con nosotros. Quedamos aquí a las siete para ir al restaurante del hotel.

—No sé si es buena idea... —Zoe dudó.

—¡Vamos, enróllate, chica! —dijo Rick.

—¡Eso! No mordemos —añadió Sean.

Ella se encogió de hombros y suspiró.

—Está bien. Os veo luego —aceptó.

—¡No llegues tarde! —Jaxon le sonrió.

Mientras las puertas del ascensor se cerraban, Zoe sintió un extraño escalofrío al ver esa sonrisa, porque le daba un aire tan atractivo que casi prefería que se mantuviese frío y enfadado. Sacudió la cabeza para borrar ese pensamiento cuando llegó a la segunda planta y recorrió el pasillo del hotel hasta su habitación. Una vez dentro, encendió las luces.

El sitio era lujoso, algo que no debería sorprenderle teniendo en cuenta que albergaba a algunos de los jugadores mejor pagados del panorama deportivo. Dejó encima de la cama la pequeña maleta de mano que usaba y le echó un vistazo a la estancia, hasta que vio el baño y supo que tenía que estrenar sí o sí esa bañera con hidromasaje.

Miró su reloj: aún quedaban un par de horas para la cena.

Así que se desvistió y se metió en el agua llena de burbujas con olor a

lavanda. Sonrió, cerró los ojos y se relajó. Nada como un baño para recuperar la calma perdida. Al menos, hasta que el teléfono empezó a sonar. Alargó la mano para coger el móvil que había dejado entre la ropa y descolgó al ver que se trataba de su amiga Jane.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Vale, mamá —bromeó—. Estoy perfectamente.

—Es la primera vez que sales sola de la ciudad.

Cierto. Hasta entonces, ella y Jane habían sido uña y carne. Zoe se había criado en un pueblo minúsculo y anclado en los años ochenta, hasta que consiguió esa beca para ir a la universidad y, una vez allí, conoció a su mejor amiga. Después de aquello, no habían vuelto a separarse. Los pocos viajes que había hecho hasta entonces, había sido con ella, cuando trabajaba en la sección de bodas de la revista y habían tenido que desplazarse para hacer un reportaje. Por primera vez en su vida, Zoe estaba sola, completamente sola, conviviendo con un montón de chicos con las hormonas descontroladas y muy poco en la cabeza.

Aunque Zoe no había podido evitar fijarse en que Jaxon Baker leía un libro durante el trayecto en el autobús, ¿quién lo habría adivinado...? Ella no, desde luego.

—Me las apañaré. Esta noche me han invitado a cenar con ellos, así que espero desplegar todo mi encanto para que empiecen a tratarme como a una más.

—No sé si me gusta cómo suena eso.

—Será fácil. O eso creo. —Movi6 los pies en el agua mientras decidía si le hablaba a su amiga de lo siguiente o se lo guardaba para ella—. ¿Sabes? El capitán es un tipo peculiar.

—¿El capitán? Refréscame la memoria —pidió Jane.

—Jaxon Baker —contestó.

—¡Lo conozco! Asistió a la boda de Tina, ¿no lo recuerdas?

—No fui a esa boda, estaba enferma. Gripe. Creo que asististe sola.

—Es verdad. Pues sí, estuvo allí con una rubia cogida del brazo, creo que era una modelo de esa marca de lencería tan famosa. ¿A qué te refieres con que es peculiar?

—Hoy estaba leyendo un libro. En el bus.

—¿Y eso debería sorprenderme?

—Tratándose de él, sí, créeme.

—Necesito más datos —exigió Jane.

—Es un animal en el terreno de juego. Hace dos temporadas, le partieron la nariz de un golpe, se levantó, le cortaron la hemorragia y siguió jugando como si nada. Marcó el tanto con el que ganaron el partido al final y se fue a celebrarlo antes de ir a urgencias.

—En resumen: que es un neandertal —añadió Jane.

—Visto así... —Zoe suspiró—. La cuestión es que me ha sorprendido verlo leyendo un libro, aunque puede que fuese algo estilo “*Diez claves para*

deshacerte de una exnovia sin morir en el intento” o algo así. ¿Tú qué opinas?

—No tengo ni idea, Zoe.

—Ya. ¿Cómo van las cosas con Gabe?

—Bien, poco a poco. Ayer conocí a su madre.

—Dime que no es la típica suegra que mima a su hijito...

—Sí que lo mima un poco —admitió—, pero es genial, Zoe. Cariñosa y atenta. Me abrazó cuando a Gabe lo llamaron por teléfono y salió del comedor.

—¿Te abrazó? —Zoe contuvo una carcajada.

—Sí, y me dio las gracias por conseguir que sentase cabeza —contestó risueña—. Dice que ya casi había renunciado a la idea de poder tener nietos.

Zoe volvió a reírse animada. Siguieron hablando un rato más hasta que ella notó que tenía las yemas de los dedos arrugadas como pasas y que el agua de la bañera empezaba a enfriarse. Salió después de colgar el teléfono, se secó con una toalla y estuvo un buen rato mirando su maleta abierta mientras decidía qué ponerse. No quería arreglarse demasiado y que los chicos pensasen que lo había hecho para agradecerlos a ellos, pero por otra parte tampoco quería ir hecha un adefesio. Pensó en ciertos ojos verdes en los que pensaba más de lo debido. Al final, con un suspiro de agobio por todas las novedades que aquello suponía para ella, se decidió por un vestido negro, muy sencillo y liso, que le quedaba a la altura de la rodilla y cuyo escote no

era demasiado pronunciado a pesar de que la tela se ajustaba a su silueta.

Se recogió el pelo con unas horquillas dejando que algunos mechones cayesen por su rostro de forma impersonal y, luego, se aplicó un maquillaje natural, casi imperceptible.

Cuando salió de la habitación del hotel se sentía pletórica, pero su ánimo empezó a decaer conforme se acercaba hasta el círculo que los chicos habían formado en la entrada frente a recepción, esperándola. Le sonrieron, pero fueron sonrisas que escondían algo.

—Estás preciosa, Matson —le dijo Rick.

—Espectacular —añadió Johan, otro jugador.

Jaxon Baker y Ethan Six estaban unos metros más allá, alejados del resto mientras hablaban en voz baja algo que ella no pudo escuchar. Lo que sí pudo ver fue la mirada de Jaxon deteniéndose en sus pies y ascendiendo con una lentitud dolorosa por todo su cuerpo. Y fue como si con sus ojos la estuviese acariciando, porque logró despertar en ella un escalofrío.

No le gustó esa sensación. No le gustó nada.

Así que Zoe se encaminó hacia el restaurante acompañada por el resto de los chicos y se sentó en la mesa que ya estaba reservada para ellos, entre Sean y Rick. Para su desgracia, Jaxon y su gran amigo Ethan ocuparon justo los sitios que estaban frente a ella e imaginó que iba a ser una tortura pasarse toda la cena con esos ojos verdes escrutándola con descaro. Aunque quizá la presencia del entrenador en el otro extremo de la mesa apaciguase cualquier

tipo de comentario malicioso que él tuviese intención de dirigirle.

Zoe le echó un vistazo a la carta y pidió un solomillo muy hecho y patatas, justo lo mismo que el capitán del equipo. Le molestó hasta el pequeño hecho de coincidir con él.

—Y dinos, Zoe, ¿de dónde eres? —le preguntó Rick.

—Nací en un pueblo pequeño, dudo que lo conozcas. Viví allí hasta que conseguí una beca para la universidad y me mudé a Nueva York.

—¿Te gusta la vida cosmopolita? —Sean la miró.

—Sí, aunque tampoco descarto volver a un entorno rural más adelante.

—Así que eres de las que espera tener familia en el futuro y comprarse una granja. —Rick lo dijo divertido, pero sin ningún tipo de maldad, y luego le sirvió más agua.

—Es posible, ¿quién sabe? En realidad, soy de esas personas que intentan vivir el presente sin pensar demasiado en qué ocurrirá en unos años. Por eso no descarto nada.

—Chicos, estáis agobiando a nuestra invitada —les advirtió Ethan Six.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en esa revista? —preguntó Rick ignorando al otro.

—Unos años. Pero solo dos meses en deportes.

—¿Y tus jefes no tienen muy en cuenta la experiencia? —La voz de Jaxon, que hasta ese momento se había mantenido callado, flotó en el silencio de la mesa.

Zoe clavó su mirada penetrante en él y apretó los labios.

—Mis jefes confían plenamente en mí y en mis capacidades —replicó.

—Así que piensan que puedes manejar a un equipo de hombres...

—Yo no lo diría así —respondió ella cortante.

—¿Y cómo lo dirías? Sorpréndeme.

En la mesa se habían dejado de escuchar hasta el tintineo de los cubiertos y todos los chicos mantenían la atención centrada en el duelo que estaban protagonizando su admirado capitán y Zoe Matson. Ella cogió aire antes de responder.

—Cuando era joven, durante un verano, trabajé en un campamento como monitora de tiempo libre —comenzó a decir Zoe—. Llevaba a un grupo de niños de diez años. Pues bien, te aseguro que era mucho más difícil manejar a esos críos que a *hombres* como vosotros.

Había estado tan centrada intentando insultar a Jaxon Baker que, hasta que no pronunció la última palabra, no se dio cuenta de que, quizá, acababa de ofender también al resto del equipo. Lo supo en cuanto el capitán sonrió con satisfacción. Él había ganado.

—Con esto no quería decir... no me refería a...

—No importa. —Sean la cortó—. Pero hay algo que deberías saber: si quieres que te ayudemos en ese trabajo tuyo y que te tratemos como a una más del equipo, debes pasar las pruebas de iniciación como todos nosotros hicimos en su momento.

—¿Prueba de iniciación? Pero, chicos...

—Duran un par de semanas —siguió—, no te preocupes, si fuiste capaz de manejar a unos niños de diez años en el campamento, podrás pasarlas sin problemas.

Se escucharon risas al fondo de la mesa. Zoe apretó el tenedor e intentó no ponerse a gritar, porque necesitaba ganarse su respeto y así no lo conseguiría. Miró a Jaxon Baker que, impasible, seguía comiéndose su filete de carne, degustándolo entre los labios, unos labios de lo más apetecibles que habrían probado casi todas las modelos del país, claro.

Deseó levantarse, coger el vaso de agua y tirárselo en la cara.

Ni siquiera estaba segura de por qué le enfurecía tanto.

Pero es que tenía el presentimiento de que Jaxon era más peligroso por lo que callaba, con esas miradas punzantes que te atravesaban, que por lo que decía. De hecho, siempre parecía escoger muy bien sus palabras, como si las pensase antes.

Respiró profundamente y se armó de valor.

—Está bien, chicos. Acepto el reto.

4

—¿Estáis bromeando? —gritó Zoe.

—En absoluto. Vamos, mueve ese cuerpo.

—¡No pienso hacerlo! —protestó enfadada.

—Pero es una de las pruebas —le dijo Rick.

—¿Y quién ha pensado esta prueba?

—Las hicimos entre todos, tormenta de ideas. Consiste en soltar lo primero que se le cruce a uno por la cabeza, mezclarlo y, ¡voilà!, aquí está el resultado. Y prepárate porque los próximos días vendrán los platos fuertes — le explicó Sean sonriente—. Ahora haz lo que te hemos dicho. Tienes que cantar y bailar una canción infantil mientras pasas por delante de cada uno de nosotros y nos das un beso en la mejilla por ser tan buenos compañeros.

—Qué ironía de la vida —replicó molesta.

—¿Te vas a rajar, preciosa? —Jaxon la miró.

Pudo ver cómo las mejillas de Zoe se encendían de inmediato como si alguien hubiese apretado un interruptor. Cerró sus pequeños puños a ambos lados de su cuerpo y, después, para su diversión, empezó a moverse y a cantar. Como la prueba debía hacerse en el hall del hotel, varios clientes del mismo se quedaron mirándola con asombro.

—Soy una taza, una tetera, una cuchara y un cucharón... —Pasó junto a Ethan y le dio un beso en la mejilla. Todos empezaron a reírse al verla de esa guisa—. Un plato hondo, un plato llano, un cuchillito y un tenedor. —Besó a Mark—. Soy un salero, azucarero...

Para aquel entonces, ya eran muchos los clientes que, mientras esperaban para gestionar su estancia en el hotel delante de recepción, habían empezado a cantar con ella y dar palmas siguiendo el ritmo de la canción y animándola a continuar con el ridículo reto.

Jaxon no pudo evitar sonreír mientras la veía tararear moviendo la cintura de un lado a otro. Estaba muy graciosa así. Y también demasiado sugerente para su propio bien con ese vestido negro y sencillo que marcaba todas las curvas de su cuerpo.

—Soy un salero, azucarero, la batidora y una olla exprés, chu, chu. —Le dio un beso a Sean, que estaba justo a su lado, y después siguió cantando mientras se acercaba a él—. Taza, tetera, cuchara, cucharón; plato hondo, plato llano, cuchillito, tenedor...

La vio contener el aliento mientras se ponía de puntillas para alcanzar su mejilla y después su dulce aroma, que le recordó a una colonia de coco, lo envolvió. Jaxon dejó de respirar durante los agónicos segundos en los que esa chica posó sus labios suaves en su mejilla. Fue apenas un roce, pero un roce que lo encendió como no recordaba. Notó un vuelco en el estómago y luego dejó escapar el aire entre dientes mientras ella se marchaba cantando hacia el

siguiente jugador. Maldijo interiormente cuando deseó golpear a su compañero al verla a ella dándole un beso como el que acababa de darle a él. De repente deseó que no lo hiciese con nadie más. ¿Qué le estaba pasando? Gruñó por lo bajo, esperó impaciente hasta que terminó el reto y la canción y, después, se dirigió hacia el ascensor.

—¡Eh, capitán! ¿Ya te marchas? —le preguntó Mark.

—Sí. Y vosotros deberíais hacer lo mismo. Mañana tenemos un partido que jugar.

Los jugadores se miraron entre sí mientras las puertas del ascensor se cerraban, sin entender por qué de repente su capitán parecía tan frustrado y de mal humor.

Zoe en cambio, se sentía incrédula. Y como una cría.

Agradeció que Jaxon se hubiese marchado en cuanto llegó la última estrofa de la canción, porque no estaba preparada para seguir enfrentándose a su mirada penetrante.

Había sido un beso de nada. Uno pequeñito. Una tontería. Y, sin embargo, su estómago había reaccionado de inmediato. Mariposas volando agitadas. Zoe odiaba esa sensación y hacía mucho que no la sentía, casi desde que iba al instituto y se enamoró de un chico de último curso que jamás le hizo caso. Después de aquello, las relaciones para ella habían sido más prácticas y fáciles y se limitaban al deseo, una palabra que había adquirido otra dimensión después de sentir la piel cálida de Jaxon contra sus labios y notar

un escalofrío en su espalda.

Ni siquiera le caía bien, para empezar.

Era como si su cuerpo y su cabeza fuesen por dos caminos diferentes.

Los chicos se quedaron un rato en la sala de estar de la recepción del hotel y ella aprovechó la ausencia de Jaxon para intentar pasar un rato tranquila con ellos. Se había criado rodeada de hombres y estaba decidida a que la considerasen su igual, así que no se inmutó cuando Sean comenzó a contar su experiencia tirándose a una camarera en los baños de un restaurante, ni cuando Rick se dedicó a contar varios chistes de pedos como si fuese algo sumamente gracioso (cosa que, desde luego, no era). Durante aquella hora, se sintió como una más, integrada y calmada, sin que su corazón se acelerase en cuanto veía esos ojos.

Así que cuando bostezó por tercera vez, se despidió de ellos y subió en el ascensor acristalado del hotel. No supo si fue porque las paredes transparentes le dejaban ver parte de la ciudad o porque tenía muchas cosas en las que pensar, pero decidió subir a la azotea para tomar el aire y poder contemplar mejor las luces que se extendían bajo el cielo oscuro.

Lo que no esperaba era encontrarse allí a Jaxon Baker.

Tenía los codos apoyados en el muro y el viento le revolvía el pelo oscuro.

Pensó en escabullirse de allí sin hacer ruido, pero lo único que consiguió fue justo lo contrario: terminar tropezando con los zapatos de tacón y conseguir que él se girase.

—¿Me estabas espiando? —le preguntó.

—¡Claro que no! ¿Por quién me tomas?

—Nunca se sabe. Tengo muchas fans. ¿Cómo sé que no eres una de ellas y en realidad te has infiltrado en la revista para conseguir estar cerca de mí? — bromeó.

Ella se acercó a él y se paró a su lado, delante de las vistas de la ciudad y en el muro que rodeaba la azotea. Intentó dejar espacio suficiente para que sus brazos no se rozasen.

—Muy gracioso. Ya te gustaría.

—¿Ya me gustaría a mí?

—Sí, eso he dicho.

—No me hagas reír.

—¿Crees que por ser un tipo famoso y asquerosamente rico resultas irresistible?

Él la miró socarrón y sonrió. Se acercó un poco más a ella.

—Eso es exactamente lo que creo.

—Pues estás muy equivocado.

—Qué fácil es hablar sin demostrarlo.

—¿Demostrarlo? Antes, cuando te he besado, he tenido que hacer un gran esfuerzo. Espero que eso te sirva. Apúntalo en tu diario: *Zoe Matson piensa que soy terriblemente insufrible y que besarme es lo peor que puede ocurrirle un martes por la noche.*

Jaxon se echó a reír, porque era eso o preguntarle por qué lo odiaba tanto y no sabía si estaba preparado para escuchar la respuesta. Al fin y al cabo, se suponía que él pensaba lo mismo de ella y, desde el principio, se había esforzado por alejarla todo lo posible; entonces, ¿por qué ahora le molestaba su actitud? Suspiró y se sujetó al muro.

—Quizá deberíamos volver a empezar.

—¿Qué quieres decir? —Zoe lo miró y pensó que le iba a crecer mucho la nariz. Lo de Pinocho sería algo anecdótico a lo que le pasaría a ella como siguiese mintiendo cada vez que lo tenía delante. Porque, para su desgracia, lo único que deseaba era besarlo de nuevo y no solo en la mejilla, sino también un poco más hacia la derecha, en esos labios inflexibles que ahora Jaxon mantenía apretados como si estuviese conteniéndose para no hablar de más.

—Quiero decir que quizá fui un poco duro contigo el primer día, en los vestuarios, pero es que no me suele gustar que gente desconocida meta sus narices en el equipo.

—¿Eres una de esas personas controladoras?

—Algo así. Al menos, con lo que es mío.

—Y consideras que el equipo lo es.

—Soy su capitán —le recordó.

—El típico capitán mandón.

—Y no es lo único en lo que me gusta mandar... —susurró con la voz

ronca.

Zoe tragó saliva al notar el calor que desprendía el cuerpo de Jaxon y se alejó un poco. Suspiró mientras contemplaba las luces de la ciudad. Cuando pensó que ninguno de los dos iba a decir algo más, él volvió a sorprenderla.

—Así que hace poco que trabajas en deportes.

—Solo un par de meses. Empecé con una sustitución.

—¿Y era lo que querías? ¿O aspiras a algo diferente?

—No, qué va. Siempre he querido dedicarme a esto —le confesó, aunque no estaba demasiado segura de qué hacía allí, en lo alto de una azotea, teniendo una conversación civilizada con el hombre que, hasta entonces, había hecho todo lo posible por mantenerla alejada—. Antes estuve unos años en la sección de bodas.

—¿Sección de bodas? ¿Eso existe? —preguntó divertido.

—Sí, claro que sí. Y es... un mundo aparte. A mí mejor amiga le encanta. Se llama Jane, es la novia de mi actual jefe. Verás, cuando trabajaba en lo de las bodas, tenía que ir todos los fines de semana a varias ceremonias y no te imaginas lo aburrido que es.

—¿Te parecen aburridas las bodas?

—Mmm, sí. —Se encogió de hombros.

—Así que no eres una de esas chicas que sueña con ponerse un vestido blanco de princesa y caminar hacia el altar antes de cumplir los treinta —dijo.

—La verdad es que no. Tan solo soy una de esas chicas que sueña con

llegar alto en su puesto de trabajo y con tener buen sexo dos o tres veces a la semana. No es mucho pedir.

Jaxon notó que se le calentaba la sangre.

—¿Y tienes a alguien para lo segundo?

—No pienso contestar a eso.

Lo dijo mientras le dirigía una mirada que lo dejó sin aliento. Jaxon no estaba seguro de cuándo había sido la última vez que una chica había jugado con él sacándole ventaja, como en ese momento. Normalmente, solía ser al revés. Él acudía con algunos amigos o compañeros de equipo a una discoteca distinguida de la ciudad o a algún restaurante, se sentaba en la zona vip, pedía una copa y esperaba hasta que se acercaban algunas chicas guapas cuyo único interés era complacerle. Cosa que al final hacían, claro.

Zoe no parecía tener muchas ganas de complacerlo.

—Entonces me lo tomaré como un no —dijo.

—Yo no he dicho eso —replicó ella.

—Por eso. Si hubiese alguien, serías clara o...

—Vamos, termina la frase —lo retó, llevándose las manos a las caderas.

—O eres de las que disfrutan tonteando.

—¿Crees que estoy tonteando contigo?

Zoe se echó a reír, pero él se mantuvo impasible.

—Creo, de hecho, que llevas tonteando conmigo toda la noche.

—¿Eso era lo que pensabas mientras yo fantaseaba durante la cena con

clavarte un tenedor? Me temo que tienes mucha imaginación, Baker.

Jaxon reprimió una sonrisa. Le gustaba eso, que las cosas no fuesen fáciles. También ella y su graciosa nariz, la manera que tenía de arrugarla cada vez que él hacía un comentario que no la satisfacía. Y el tono de voz tan seguro de sí misma, aunque sus gestos delatasen justo lo contrario. Él sabía bien cómo era sentirse así, dentro de esa contradicción, porque lo hacía a menudo; se mostraba fuerte delante de los demás y escondía lo malo.

La miró de reojo. Le pareció preciosa.

No podía recordar por qué la primera vez que la vio pensó que *no era su tipo*. Zoe Matson podría ser el tipo de cualquiera, porque tenía carácter y eso la hacía diferente.

Decidió aflojar el ritmo por miedo a que ella se marchase de la azotea. Había ido allí cuando, tras más de media hora dando vueltas en la cama, descubrió que no podía dormir. Y no quería volver a quedarse solo contemplando la ciudad a oscuras.

—¿Por qué los deportes? —preguntó interesado.

—¿Por qué no?, ¿porque soy una chica?

—Yo no he dicho eso, Zoe.

Ella contuvo el aliento. No estaba segura de si era la primera vez que la llamaba por su nombre, pero, quizá porque estaba solos, le sonó extrañamente íntimo cómo lo pronunció.

—Crecí con mis padres y mis hermanos mayores, así que en casa solo se

hablaba de deportes, de pases, de estrategias, de partidos... —Se encogió de hombros—. Supongo que por eso terminó por gustarme tanto, así que decidí coger esa especialidad el último año de carrera. —Suspiró hondo, armándose de valor para preguntar, porque, hasta ese momento, ella todavía no se había interesado abiertamente por nada sobre Jaxon Baker—. ¿Y qué hay de ti? ¿Siempre supiste que querías ser jugador de hockey?

—No, qué va. —La miró divertido.

—¡Eh, yo te he contado toda mi vida!

Jaxon se rio cuando ella le dio un golpe con el puño en el hombro. Le gustó eso. Que no se comportase como una de esas chicas frágiles que casi parecían estar a punto de romperse cuando él las sacaba a bailar antes de invitarlas a pasar un rato en la habitación de algún hotel. Porque, por supuesto, jamás había llevado a ninguna a su apartamento. Era demasiado peligroso. No solo por la prensa en sí, sino porque prefería mantener lejos de su entorno a personas que no iban a formar parte de su vida más que por unas horas.

—Está bien. Veamos... —Se frotó la mandíbula sin apartar la mirada del cielo oscuro y después habló—. En realidad, quería estudiar la carrera de historia, pero mi familia no tenía dinero para pagármela. También soy el pequeño de tres hermanos y los dos habían ido a la universidad, así que cuando llegó mi turno, bueno, mis padres acababan de separarse y las cosas no iban muy bien. Dejé el instituto al acabar el último año y trabajé en una discoteca.

—¿Hablas en serio? —Lo miró incrédula.

—Claro que sí. Estuve sirviendo bebidas y, un día cualquiera, fui a jugar con los compañeros del negocio un equipo de hockey. Resultó que se me daba sorprendentemente bien. Todos pensaron que mentía cuando dije que la última vez que jugué era apenas un crío y casi ni lo recordaba. La cuestión es que me gustó, me gustó mucho, así que me apunté a un equipo pequeño y, casi sin darme cuenta, terminé siendo titular de uno regional. Entonces fue cuando me descubrió un cazatalentos deportivo que se convirtió en mi agente.

—Es impresionante, Jaxon.

Fue consciente de que lo había llamado por su nombre de pila, pero no le importó, porque parecía que, durante unos minutos, tan solo eran dos personas conociéndose en lo alto de una azotea y charlando de sus vidas sin preocuparse por nada más.

—Deberíamos bajar ya —dijo él.

—Sí, se está haciendo tarde.

Zoe lo siguió hasta el ascensor mientras intentaba esconder su decepción, porque no le hubiese importado quedarse allí unos minutos más con él. Se apoyó en la pared de cristal y él lo hizo en la que estaba enfrente. Se miraron en silencio. Zoe tragó saliva y notó un hormigueo recorriendo su cuerpo, porque la sensación de estar metida con Jaxon dentro de un ascensor le resultaba... peligrosa. Él era salvaje, tan atractivo que dolía mirarlo. Tenía los

ojos verdes fijos en los suyos y su boca curvada en una sonrisa que a ella le habría encantado poder morderle antes de besarlo. Pero sabía que algunos juegos podían llegar a quemar.

Y Jaxon Baker era como una lengua de fuego ondeando delante de ella.

Así que cuando la campanita del ascensor pitó, ella salió de allí como si dentro hubiese una bomba nuclear a punto de estallar. Se despidió con un *buenasnochescapitán*, que pronunció tan rápido que sonó todo junto, y después casi corrió hasta la puerta de su habitación. Se tropezó con la moqueta y escuchó la risa ronca de él tras ella, pero, cuando se giró para gritarle la primera frase insultante que le viniese a la cabeza, él ya había entrado en su dormitorio y acababa de cerrar la puerta con un golpe seco que retumbó en el pasillo.

Zoe maldijo su torpeza, encontró la llave y entró.

Se desvistió despacio, mientras rememoraba lo que acababa de hablar con el capitán en la azotea y, de repente, tuvo una idea brillante. Se puso el pijama, encendió el ordenador y empezó a teclear como loca. Cuando terminó de hacerlo, sonrió satisfecha, lo mandó y se metió en la cama, que estaba calentita gracias a las mantas que la cubrían.

5

Hasta ese momento, Zoe había vivido los partidos con una intensidad abrumadora. Sin embargo, aquello no era nada comparado a lo que estaba sintiendo mientras veía a los chicos sobre el terreno de juego, los mismos que la noche anterior la habían hecho bailar en medio de la recepción del hotel para diversión de todos los clientes, y esos a los que empezaba a tenerles cariño. Además, era incapaz de apartar sus ojos de Jaxon.

Se movía por la pista de hielo como si hubiese nacido con unos patines en los pies. No dudaba. Todos sus movimientos eran precisos y calculados. El entrenador se dirigía a él antes de que este pasase la información a los demás y dirigiese la siguiente jugada. En aquellos momentos iban ganando por dos tantos, pero el equipo rival era famoso por tener una defensa de lo más entregada, algo que habían comprobado bien en cuanto el encuentro había empezado. A Zoe siempre le había impactado lo salvaje que era el hockey como deporte y la cantidad de golpes que recibían los jugadores entre ellos. Tenía algo primitivo verlos envueltos a aquel entorno tan competitivo en el que las reglas eran mucho más duras que las del fútbol o el baloncesto, por ejemplo. Pero también daba más miedo.

Por primera vez en su vida a Zoe le empezó a preocupar que los del equipo

contrario terminasen por hacerle daño a alguno de los suyos. Nunca hasta ese instante lo había vivido de aquella forma. Para cuando faltaban diez minutos para que el encuentro terminase, se había comido todas las uñas de los dedos y era incapaz de mantenerse quieta en su asiento o de tomar anotaciones para el siguiente artículo que debería mandar a su jefe.

El árbitro ya estaba mirando cada dos por tres el marcador del tiempo cuando se escuchó un ruido sordo en la pista y el asombro de los espectadores cuando un jugador contrario derribó a Jaxon contra el hielo. Cuando intentó levantarse, él otro se lo impidió y, antes de que los demás jugadores pudiesen llegar, se liaron a puñetazos, lo que no auguraba nada bueno a pesar de las protecciones que llevaban. Los sacaron a los dos del terreno de juego, se inició la última jugada y el árbitro anunció de inmediato el final del partido.

Cuando Jaxon se quitó el casco, sangraba por la nariz.

Zoe contuvo el aliento mientras los jugadores abandonaban la pista y desaparecían en los vestuarios. Se debatió durante unos segundos, porque lo más sensato era que esperase fuera, en una de las zonas de descanso del estadio hasta que todos terminasen de ducharse y abandonasen el lugar en el autobús que los había llevado hasta allí. Sin embargo, ignoró a su sentido común cuando se encaminó hacia los vestuarios con paso rápido.

Una nube de vapor le azotó el rostro en cuanto entró.

—¡Eh, mira quién ha venido a felicitarnos!

—¿Eres nuestro regalito por la victoria?

Ella puso los ojos en blanco al escuchar a dos de los chicos más jóvenes, porque sabía que eran así de idiotas y solo estaban bromeando. Por desgracia, no fue lo suficiente previsor y terminó viendo un par de culos antes de clavar la mirada en el techo de los vestuarios.

—Está bien, juro que no veo nada. Pero, aun así, si pudieseis hacer el favor de taparos un segundito... —Se rieron de ella—. No sé ni para qué digo nada.

—Eres tú la que vienes a nuestro territorio.

—Cierto. ¿Está aquí el capitán?

—No, se lo han llevado a la enfermería.

—Muy bien. Gracias por la amabilidad...

Volvieron a reír cuando la escucharon refunfuñar por lo bajo y, casi a tientas para no ver más de lo deseado, palpó la pared y encontró la puerta de salida por la que se escabulló. Avanzó por los pasillos del estadio hasta la consulta de la enfermería, que estaba al otro lado. Llamó antes y entró cuando escuchó un amable *adelante* invitándola a hacerlo.

Jaxon estaba sentado en una camilla con cara de malas pulgas. Se había quitado la camiseta tras usarla para limpiarse con ella la sangre de la nariz y su torso brillaba por el sudor tras el encuentro, revelando los marcados abdominales y los hombros definidos. Zoe se obligó a respirar hondo mientras cerraba la puerta de la consulta.

El médico era un hombre de avanzada edad que usaba gafas y tenía el

cabello lleno de canas y una mirada amable. Le echó un vistazo y le sonrió.

—¿Qué haces aquí? —gruñó Jaxon de inmediato.

—Si eres un poco más amable me da un infarto.

—No estoy de humor, Zoe —contestó.

—Es testarudo —intervino el médico—. Se niega a que le haga una placa.

—Es que no es nada. Mañana estaré como nuevo.

—No está de más descartar posibles fracturas...

—¡He dicho que no! —rugió.

—Está bien, iré a por un poco de desinfectante.

El agradable médico salió de la consulta y ellos se quedaron a solas, mirándose dentro de aquel silencio extraño. Jaxon respiró hondo y su pecho se movió al hacerlo. Ella intentó en vano no desviar su mirada hacia allí. La sangre de su nariz ya estaba casi seca.

—¿Por qué no quieres hacerte pruebas?

—Llevo más de diez años jugando al hockey, sé cómo es el dolor de una fractura. Y te aseguro que lo de hoy no se parece. Solo quiero darme una ducha, subir al bus y descansar.

—¿Siempre eres tan cabezota? —preguntó.

—Siempre, preciosa. ¿Y tú tan entrometida?

—Siempre, chico malhumorado.

—Yo no soy...

—No intentes negarlo —lo cortó.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Quería ver como estabas.

—Pues ya me has visto.

—Sí, he visto que estás como siempre: difícil de tratar.

—Eso no es verdad —suspiró profundamente.

—¿Tanto te supondría ser amable con el doctor?

—¿A ti qué te importa ese hombre? —replicó.

—Nada. Pero solo está haciendo su trabajo. Y tú te estás comportando como un niño malcriado impidiéndole cumplir con su obligación, que es asegurarse de que no tengas nada y mandar un parte médico a la dirección del equipo, ¿me equivoco?

Jaxon la miró con los ojos entrecerrados. Abrió la boca para replicar, pero justo en ese instante el médico regresó con material para, al menos, limpiarle la nariz.

—Déjelo —masculló molestó—. Está bien, me haré la dichosa placa.

Zoe reprimió una sonrisa hasta que Jaxon se levantó y le dio la espalda para seguir al doctor. Después, satisfecha, se dirigió hacia la sala de espera y se entretuvo revisando el artículo que había escrito la noche anterior hasta que los chicos terminaron y subieron al bus. Como era de esperar, el último en llegar fue el capitán porque había estado haciéndose las pruebas médicas, que, tal como él presentía, habían salido bien.

Aunque le habían guardado un asiento al fondo, se acomodó a su lado. Zoe

intentó que no notase su sorpresa. A pesar de lo inesperado que fue aquel gesto, apenas hablaron durante el camino de vuelta. Ella se entretuvo escuchando música. Él estuvo leyendo un libro que Zoe hojeó por encima y de reojo, incapaz de sacar el valor para hacerle esas preguntas que en realidad deseaba que él respondiese, porque todas eran personales, lejos del mundo deportivo al que, en teoría, debería ceñirse su interés.

Sin embargo, aunque apenas intercambiaron un par de frases antes de que ella terminase durmiéndose con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla, Zoe sintió que conectaban. Puede que fuese porque cada vez que uno de los dos se acomodaba en el asiento y le rozaba el brazo al otro, la sacudiese un escalofrío. O porque era incapaz de ignorar lo cerca que lo tenía y ese aroma masculino y atrayente que se le colaba en la nariz y le hacía suspirar. Hacía mucho tiempo que no se sentía de nuevo como una adolescente al lado de un hombre. Pocos de ellos la intimidaban, de hecho. Pero Jaxon Baker tenía algo que despertaba esas mariposas que ya no recordaba y esa sensación de que, una sola mirada, bastaba para calentarla por dentro. Y no estaba segura de qué significaba. O de si quería averiguarlo.

Así que cuando llegaron a Nueva York, se despidió de él como lo hizo con todos los demás: dándoles un beso en la mejilla y prometiéndoles que se verían en cuatro días, antes del siguiente partido, que esa vez sería en casa. Intentó no sentirse decepcionada cuando él se giró a por su equipaje de mano dando por concluido el momento.

Tras llegar a casa, Zoe se dio una ducha y se puso cómoda.

Estuvo viendo la televisión por cable sin mucho interés (y sin dejar de pensar en ese hombre en el que no quería pensar), cuando escuchó la cerradura de la puerta. Era Jane. Pero no estaba sola. Gabe Jenkins, su jefe y el novio de su amiga, la acompañaba.

—¿Qué tal la experiencia? —le preguntó de inmediato.

—Genial. Ha sido fácil —mintió, porque no se lo había parecido en absoluto; no era sencillo manejar a un grupo de veinte chicos llenos de testosterona—. ¿Leíste el artículo que te mandé anoche? —se interesó levantándose del sofá.

—Sí y es perfecto. —Gabe le sonrió con orgullo—. Ya lo he mandado.

—Gracias. —Abrazó a su amiga Jane—. Te he echado de menos. No sé qué vamos a hacer cuando te independices con este hombre de aquí y me abandones.

—Sabes que, cuando ocurra, no cambiaré nada.

—Dejaremos de vivir juntas —le recordó Zoe.

—Pero seguiremos viéndonos todos los días.

—Visto así... —Zoe suspiró—. ¿Os apetece que vayamos a cenar?

—Yo me iba ya, solo quería acompañarla a casa —se excusó Gabe.

—Podemos salir a cenar nosotras. Y llamar a Gina.

—Y a Ava. Quizá quiera apuntarse después de la última vez.

Una hora más tarde, las cuatro estaban sentadas alrededor de la mesa de un

restaurante indio. Habían pedido platos pequeños y variados para picar entre todas mientras se ponían al día. Al parecer, durante ese tiempo, Gina había conocido a un chico fascinante, profesor de la clase de baile a la que asistía los martes y los jueves. Jane por fin empezaba a entender mejor la dinámica de los mensajes subidos de tono y estaba descubriendo un mundo nuevo gracias a Gabe y disfrutando de las primeras semanas de noviazgo. Ava, por el contrario, seguía teniendo que aguantar a *la Bestia*, el jefe de todas ellas y el tipo más frío e impasible del planeta tierra: Dominic Miller. Por si eso fuese poco, sus hermanos tampoco eran una maravilla y Ava ya había tenido que lidiar varias veces entre Blake y él o controlar a Olivia cada vez que intentaba hacer cambios en la revista sin el consentimiento del director.

—Es como trabajar para un hombre de hielo.

—Y es una lástima —añadió Gina—, porque jamás he conocido a nadie más atractivo que Dominic Miller. Aunque no le diría que no a un revolcón loco.

—Al parecer solo se acuesta con modelos —apuntó Ava.

—¿Cómo sabes eso? —Se interesó Gina.

—Porque llevo su agenda, ¿recuerdas?

—Oh, ¡cielos! ¡No me digas que le llevas también las citas!

—Por supuesto que sí. Y no solo eso, también tengo que estar al tanto de qué trajes tiene en la tintorería, de cómo se llaman las esposas de sus clientes y, si tienen hijos, de comprarles algo que luego él les regala fingiendo ser el

hombre más detallista del mundo.

—Es como la película de *El diablo viste de Prada* —dijo Jane—, solo que al revés.

—¿Cómo puedes aguantarlo? —le preguntó Zoe.

—Porque paga bien. Y necesito el dinero.

—Entiendo. En realidad, ninguno de nuestros trabajos está pagado. —Zoe bebió un trago de vino antes de aclararse la garganta para confesar—. A mí me tocó bailar *Soy una taza* delante de todo el hotel para ganarme la confianza de los chicos. Y darles un beso en la mejilla a cada uno de ellos por ser tan considerados conmigo —ironizó.

—¡A eso no habría dicho que no! —Gina se rio.

—Yo tampoco. —Ava sonrió traviesa.

—¿Cómo es Jaxon Baker de cerca?

—Pues... —Zoe notó un vuelco en el estómago al escuchar su nombre—. Es un poco cretino. Pero también más interesante de lo que esperaba...

—Preguntaba por su aspecto físico —aclaró Gina.

—Ah, bueno, sobre eso... —Se le subieron los colores—. Está muy bien. Más que bien. Está para ponerse a babear delante de él. Otra desgracia de la humanidad como la de Dominic, porque no es precisamente un tipo simpático. Es... peculiar.

—Pareces haberlo conocido muy bien en tres días —dejó caer Jane.

—¿Ha ocurrido algo que no nos estén contando?

—¿Con Baker? ¡Qué va! ¿Os habéis vuelto locas?

—Mejor. —Gina la miró—. Porque, como has dicho, es igual que Dominic. Solo se lo relaciona con modelos y ninguna parece durarle más de unas semanas.

—¿Cómo lo sabes? —Notó que se le secaba la boca.

—Trabajo en la sección de prensa rosa, ¿recuerdas?

—Ah, ¿y Baker sale ahí a menudo?

—Sí, a veces hasta en portada. Ya sabes, es uno de esos tipos que las adolescentes adoran colgando posters de él en las paredes de sus habitaciones y los hombres lo admiran por cómo juega. Carnaza para la prensa del corazón, desde luego. Sacamos cualquier noticia mínimamente relevante de él que podamos conseguir.

—No me lo puedo creer...

—El mes pasado, de hecho, ocupó dos páginas de la revista porque salía comiéndose un bocadillo y la cara se le manchó de salsa. En realidad, lo sacamos porque estaba tremendo vestido con ese chándal de camino a casa, pero, sí, cualquier cosa interesa.

—¡No hablemos más de hombres! —intervino Ava.

—¿Ni siquiera de Gabe? —preguntó Jane.

—Ni siquiera de él —se adelantó Zoe.

—Esta es una noche de chicas. —Ava alzó su copa.

—¡Noche de chicas! —gritaron las demás antes de brindar.

Después de aquello, siguieron charlando animadas, riéndose y contando anécdotas mientras terminaban de cenar y pedían algunas copas más. Cuando acabaron, se fueron a bailar a un local cercano y, sobre las dos de la madrugada, decidieron terminar la juerga. Fue entonces cuando, ya dentro del taxi, Jane le preguntó si le importaría que esa noche fuese a dormir al apartamento de Gabe porque, al aparecer, estaba lo suficiente achispada como para querer darle una sorpresa en mitad de la madrugada. Zoe se echó a reír y le dijo que le parecía genial, así que el taxista tuvo que dar media vuelta para ir al nuevo destino.

Tras despedirse de su amiga con un abrazo, el taxi volvió a poner rumbo al apartamento que ambas compartían y ella pagó el importe. Subió por las escaleras y, cuando entró, se tumbó en el sofá, cansada y rendida tras la divertida noche de chicas.

6

Jaxon estuvo a punto de escupir el café. Tragó con dificultad y luego su mirada volvió a posarse en el titular de aquel artículo que un compañero del equipo acababa de mandarle por mensaje. Parpadeó con incredulidad antes de empezar a leer.

Jaxon Baker, la leyenda sobre el hielo.

Muchos son los que creen conocer al tipo duro, el jugador resistente, el hombre empeñado en ganar y coleccionar una victoria tras otra, pero pocos los que saben que, detrás de la leyenda sobre el hielo, se esconde también un corazón sensible y una historia de superación. Porque Jaxon no nació con unos patines en los pies ni con una vitrina llena de trofeos. Jaxon fue un tipo normal, que deseaba estudiar en la universidad, pero que tuvo que sacrificarse debido a las dificultades familiares y ponerse a trabajar a una edad temprana, renunciando a sus sueños. Sin embargo, terminó haciendo algo aún más grande. Convirtió en posible lo imposible, como adentrarse en el mundo del hockey pasados los dieciocho años para terminar siendo uno de los mejores jugadores del mundo y capitán de su propio equipo. Y es el claro ejemplo de que nunca hay que tirar la toalla a la primera de cambio y de que

sin esfuerzo no hay suerte que valga.

Apretó los dedos en torno al teléfono móvil en el que acababa de leer el artículo y reprimió en el último instante el deseo de estrellarlo contra la pared, porque, claro, necesitaba hacer una llamada con urgencia y para eso tenía que mantener a salvo al dichoso aparato.

Con el corazón latiéndole deprisa, marcó el número del director del equipo.

—¿Baker? Hoy es fiesta, ¿qué quieres?

—Quiero la dirección de la chica. Ahora. Ya.

—¿Qué chica?, ¿de qué demonios hablas?

Escuchó cómo el otro interlocutor se levantaba de la cama y puso los ojos en blanco, porque de repente se sentía tan impaciente que le iba a estallar la cabeza.

—La chica de la revista. Zoe Matson.

—¿Quieres que te dé su dirección?

—Sí, eso he dicho.

—¿Por qué?

—Joder, tú hazlo. Es personal.

—Baker, llegamos a ese acuerdo con la revista porque los socios del club quieren que tengáis una imagen mejor y más cercana, no hagas nada de lo que me arrepienta.

—Deja de tocarme las narices y dame esa dirección.

El otro suspiró sonoramente antes de ceder. Jaxon lo anotó en un papel y después colgó tras despedirse rápidamente. Fue a su armario, se puso unos vaqueros y una camiseta y buscó las gafas de sol antes de salir de casa, con la esperanza de poder llegar al garaje antes de que ningún fan lo reconociese, porque estaba tan cabreado que no sabía si conseguiría firmar un autógrafo sin que le temblase el pulso o sintiese deseos de partir el bolígrafo por la mitad.

Se encaminó hacia allí sin dudar.

El bloque de apartamentos en el que vivía Zoe era un lugar tranquilo, alejado del centro. Vio su oportunidad cuando una mujer mayor salió del patio y le sujetó la puerta con amabilidad antes de colarse dentro y subir por las escaleras. Se paró delante de la puerta.

Llamó al timbre y esperó unos dos minutos.

Cuando ella abrió, lo hizo bostezando.

Jaxon sintió deseos de zarandearla.

—¿Qué narices haces aquí? —le gruñó.

Antes de que pudiese impedirselo, él se coló en su casa.

—¿En qué estabas pensando, Zoe? ¡Maldita sea!

—¿Qué? ¡No soy yo la que acaba de entrar en una propiedad privada sin permiso! Te aviso, Baker, tengo perro. Un perro peligroso y feroz que, en cuanto te huela...

—¿Dónde está ese chucho? —preguntó mientras ella lo empujaba hacia la

puerta.

—Es invisible. Una nueva raza —parloteó.

Jaxon pensó que no podría enfadarse más, pero la actitud de ella lo estaba sacando de quicio. Se quedó allí, mirándola desde arriba con cara de pocos amigos mientras Zoe se esforzaba en vano por intentar moverle del sitio, aunque ni siquiera logró hacerlo un solo centímetro. Jaxon apoyó las manos en sus hombros y ella se sobresaltó.

—¿Cómo se te ocurrió contar nuestra conversación?

—¿Cuál es el problema? —Frunció el ceño.

—El problema es que era privada, joder.

—Pero no dije nada malo de ti, al contrario...

—¡Me da igual, Zoe! Lo has hecho...

—¡Ni siquiera se me pasó por la cabeza que te cabrearías!

—Pues sí, me he cabreado. Me he cabreado mucho.

—Quizá el problema sea ese, que siempre estás de mal humor.

Ella dio media vuelta y él parpadeó alucinado mientras la veía alejarse hacia el salón. La siguió cuando logró reaccionar. Maldita fuese esa cría impertinente que lograba sacarlo de sus casillas cada dos minutos, ¿quién se había creído que era? Intentó ignorar su trasero redondeado moviéndose dentro de los pantalones cortos del pijama, pero, cuando se giró, no pudo evitar darse cuenta de que no llevaba sujetador debajo de la camiseta.

El deseo se mezcló con el enfado. Y era una mezcla poderosa.

—Así que piensas que estoy siempre de mal humor...

—No es que lo piense, es que es una realidad.

—¿Y no te has planteado que tú tengas la culpa?

—Déjame pensarlo... —Le plantó cara—. No.

Jaxon dio un paso hacia ella. Estaba tan cerca que casi podían rozarse si uno de los dos se movía más de la cuenta. Inspiró profundamente sin dejar de mirarla.

—¿Y qué me aconsejas para aliviar la frustración?

—Un baño de agua fría, por ejemplo. O un polvo rápido. No lo sé, Jaxon, no soy tu maldita asistente, tan solo me dedico a escribir para una revista dando una buena imagen del equipo; deberías agradecermelo, en vez de comportarte como un neandertal...

—Un polvo rápido —repitió él ignorando todo lo demás.

—Seguro que hay miles de chicas que ahora mismo matarían por...

Pero no pudo seguir hablando, porque antes de que pudiese hacerlo, él acalló sus palabras al cubrir su boca con la suya. Zoe se estremeció. Fue como si un terremoto se desatase a sus pies y de repente la tierra temblase y fuese una superficie inestable, así que necesitó sujetarse a esos hombros fuertes en busca de algo sólido, algo que calmase el temblor de sus rodillas. Jaxon se tomó el gesto como una señal y hundió su lengua entre sus labios buscando la suya, sintiendo que el pecho le iba a explotar por culpa de las emociones que se sacudían allí dentro, como si llevase años dormido hasta el

mismo instante en el que la besó.

Si hubiese sabido antes que besarla sería así...

Le sujetó el rostro entre las manos y le mordió el labio inferior. Su olor femenino, su cuerpo cálido y pequeño contra el suyo y el sabor de sus labios lo estaban volviendo loco.

Deslizó una mano por su espalda y la coló bajo su camiseta para palpar su piel, que ardía tanto como la suya. La pegó más a su cuerpo. Nunca había estado tan excitado. Y eso que todavía seguía cabreado con ella por lo que él consideraba una especie de traición, pero esa dulce boca era adictiva y los gemidos que dejaba escapar cada vez que él se frotaba contra ella para demostrarle lo duro que estaba, iban a terminar con todo su autocontrol.

Dio un paso hacia atrás para poder quitarle la camiseta por la cabeza. Zoe maldijo entre dientes y tembló mientras intentaba cubrirse los pechos con las manos.

—Esto no debería pasar... no deberíamos...

—Pero lo estás deseando —la cortó él.

—Ya. El problema es que mi trabajo...

—No se lo diremos a nadie.

Zoe quiso seguir protestando, pero cuando las manos de él le rozaron los hombros desnudos y bajaron hasta acoger sus pechos, supo que estaba perdida. Sintió que se derretía entre aquellos brazos firmes que la sostenían. Apenas podía pensar en nada que no fuese lo bien que olía ese hombre, lo

mucho que le gustaban sus besos y las ganas que tenía de quitarle la ropa y poder verlo totalmente desnudo. Su cerebro desconectó.

Y a partir de ese momento se convirtieron tan solo en un cúmulo de deseo que necesitaban calmar, en manos y brazos y besos que casi eran mordiscos entre el vaivén de sus cuerpos moviéndose por las habitaciones del piso hasta llegar al dormitorio de Zoe.

Él la empujó con suavidad hasta que ella cayó en la cama. Lo miró desde allí casi sin pestañear, atenta a cómo se quitaba una prenda de ropa tras otra, revelando los músculos de su estómago, que se contraían con cada bocanada de aire. Zoe tragó saliva y se despojó de los pantalones del pijama y de la ropa interior mientras él se abalanzaba sobre ella. Sus ojos verdes parecían los de un tigre hambriento y jadeó cuando sus sexos se rozaron.

—¿Qué demonios has hecho conmigo?

—¿Yo? Tú... tú eres el que has venido hasta aquí para tentarme... —Zoe le dio un beso rápido y arqueó las caderas con él, consiguiendo que Jaxon cerrase los ojos y respirase entre dientes—. Y no debería estar haciendo esto, no debería...

—Haré que valga la pena —le susurró él al oído.

—Eso espero. —Ella contuvo una sonrisa.

Jaxon volvió a besarla y después deslizó la boca con suavidad por su cuello, bajando hasta sus pechos y siguiendo una línea recta hasta llegar a su ombligo. Notó cómo el cuerpo de Zoe temblaba en respuesta a sus caricias y,

por alguna razón, se sintió poderoso al conseguirlo. Si tenía que ser sincero, normalmente eran ellas las que se esforzaban por complacerlo a él en la cama, pero, con ella, Jaxon sentía la imperiosa necesidad de ser él quien lo hiciese. Quería satisfacerla. Deseaba llevarla al límite con su boca y oírle gemir. Mejor aún: que gimiese su nombre antes de dejarse ir del todo. Sí, eso sería perfecto.

Le separó las piernas y, antes de que ella pudiese siquiera saber qué se proponía, la besó justo ahí, en el centro, y después la atormentó lentamente con su lengua hasta que Zoe terminó jadeando y soltando un gritito que a él le hizo sonreír antes de ascender de nuevo por su cuerpo hasta colocarse encima de ella. La miró fijamente.

No sabía por qué, pero tenía algo adictivo.

No era especialmente guapa, al menos no tanto como las chicas con las que él solía salir. Era atractiva, con el cabello oscuro, los ojos grisáceos y algunas pecas alrededor de la nariz que le daban ese aire travieso que a él lo volvía loco. Le gustaba no poder anticiparse a ella, a la siguiente frase con la que iba a contestarle o a lo que haría a continuación. Era refrescante.

—¿Ha valido la pena? —le preguntó mientras cogía el preservativo que ella le tendía.

—No ha estado mal —contestó con una sonrisa maliciosa.

—¿Te estás burlando de mí, preciosa?

—No, pero creo que ese ego tan grande que tienes no debe de ser bueno

para la salud. Lo hago por tu bien —le dijo y después se movió bajo él como un gatito y él apretó los dientes para contener el deseo que lo azotó, porque como no se controlase terminaría más pronto que tarde—. Vamos, ¿a qué estás esperando? Jaxon...

—Vuelve a decir mi nombre así —pidió.

—Jaxon... —susurró bajito.

Él se hundió en ella en ese preciso momento.

—Joder, Zoe, esto es...

Dejó la frase a medias porque no supo qué decir. O, mejor dicho, porque si lo decía sonaría ridículo y muy poco él, dado que lo único que había podido pensar era que aquello era como estar en el cielo. Volvió a besarla, como si así quisiese eliminar cualquier posibilidad de terminar diciéndole una tontería como aquella. Sus labios eran cálidos y exigentes, y Jaxon empezó a moverse despacio, con embestidas lentas, porque quería disfrutar del recorrido. Por primera vez, no buscaba solo un alivio rápido, buscaba memorizar el tacto de su piel bajo la yema de sus dedos, y el sabor de esa boca contestona. Buscaba llevársela en el recuerdo, porque era muy consciente de que entre ellos jamás habría espacio para nada más.

—Más deprisa —jadeó ella—. Por favor...

A pesar de sus deseos, Jaxon hizo lo que le pedía. Se movió dentro de ella más y más rápido, tan fuerte e intenso que pensó que el corazón se le saldría del pecho en cualquier momento. Le sujetó las muñecas sobre la cabeza y la

miró a los ojos mientras la veía correrse bajo su cuerpo, que estaba tan tenso que apenas tardó unos segundos en acompañarla y terminar con un gruñido ronco y una explosión de placer que lo dejó sin aliento.

Tardó unos segundos en volver en sí.

Cuando lo hizo, se levantó de la cama, fue hasta el cuarto de baño y se limpió antes de apoyar las manos en el lavabo y mirarse en el espejo. Tenía las pupilas aún dilatadas y respiraba con dificultad, ¿qué demonios había ocurrido ahí fuera? Ya no recordaba la última vez que se había sentido así, tan alejado del resto del mundo y tan cerca de otra persona.

Una persona a la que, para empezar, conocía muy poco.

¿Qué sabía de Zoe Matson? Que era un hueso duro de roer y que, en ocasiones y aunque le costase admitirlo, le recordaba a él mismo. Era guapa, lista, una increíble compañera de cama y le gustaban los deportes, que era el eje sobre el que giraba la vida de Jaxon.

En la parte teórica era perfecta. De hecho, Jaxon deseaba con todas sus fuerzas encontrar algo en Zoe que le desagradase lo suficiente como para no volver a tener ganas de acercarse a ella. Por desgracia, parecía lejos de conseguirlo.

7

Zoe tardó casi un minuto en conseguir calmarse y agradeció que él se entretuviese en el servicio, porque necesitaba reorganizar su cabeza. *¿Pensar que Jaxon Baker era un Dios? Mal. ¿Seguir dispuesta a ser la mejor en su trabajo? Bien.* Se lo repitió un par de veces.

Pero cuando lo vio regresar a la habitación desnudo y con esos ojos verdes fijos en ella, tiró por tierra todos sus propósitos y lo único que deseó fue volver a meterse en la cama con él. Jaxon se puso la ropa interior y después, mientras se abrochaba los vaqueros, la miró de reojo. Parecía incómodo y un poco raro, no tan seguro como de costumbre.

—¿Ya te vas? —preguntó Zoe.

—Eso pensaba hacer, sí.

—Puedes quedarte a comer, si quieres.

Ella vio cómo él tomaba aire bruscamente.

—En cuanto a lo que ha ocurrido hoy, Zoe...

—Ya lo sé: solo ha sido un polvo rápido.

—Yo no lo he dicho eso —replicó Jaxon.

—No, pero es lo que estás pensando. Te conozco. O, mejor dicho, conozco a los hombres como tú. Sé que no quieres responsabilidades, ni nada que

pueda romper tu concentración en el juego. Sé que no eres de relaciones largas y que, además, en caso de que algún día tengas una no será con una chica corriente como yo —soltó con una convicción que a él lo hizo quedarse clavado en el sitio mientras ella terminaba de vestirse—. Pero, por suerte, has tropezado con alguien que piensa lo mismo que tú y que no espera nada de ti.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó ofuscado.

—A que entiendas que yo también sé que terminaré con un chico muy diferente al que ahora tengo delante y a que no tengo intención de convertirme en una de esas fans que te persiguen por la calle o esperan tener un hijo tuyo algún día —suspiró—. Así que, puesto que vamos a seguir viéndonos las caras durante un tiempo, solo quiero que estés tranquilo y que podamos ser algo así como amigos. Volveré a hacerte la pregunta: ¿quieres quedarte a comer? Tengo lasaña congelada, no está muy buena, pero...

—Lasaña me va bien —gruñó él saliendo de la habitación.

Zoe lo siguió hasta la cocina. Sacó del congelador la comida mientras él se sentaba en uno de los taburetes que había frente a la barra, quitó el plástico y lo metió en el horno. Cuando se giró hacia él tras encenderlo, vio que la miraba fijamente, muy fijamente.

—¿Qué mosca te ha picado ahora?

—Nada. Tan solo me pareces curiosa.

—¿Por qué? —Se sentó delante de él.

—Porque parece tener las cosas muy claras.

—Así es. Me gusta poner en orden mis prioridades.

Jaxon pareció dudar antes de atreverse a formular la pregunta.

—¿Y cómo es ese chico con el que crees que acabarás?

—Para empezar, de momento inexistente. —Se echó a reír y él tuvo que reprimir las ganas que sintió de darle un beso, porque estaba guapísima cuando se reía así—. Pero espero que sea bueno y atento, también divertido. Imagino a alguien normal, de clase media, al que le guste viajar y quedarse en casa con la videoconsola, viendo los deportes o una película...

—¿Juegas a la videoconsola? —preguntó con un hilo de voz, porque aquello era lo último que necesitaba para convencerse de que no volvería a tocarla.

—Sí, de vez en cuando. La cuestión es que sería tan solo un tipo normal y corriente.

—¿Y cómo imaginas a esa mujer que terminará conmigo? —preguntó incómodo.

—Es evidente que será modelo o alguna actriz reconocida, alguien con quien puedas posar en el photocall antes de entrar a la última presentación o gala benéfica a la que te hayan invitado. Estarás retirado del fútbol, pero seguirás trabajando en algo relacionado con ello y, mientras tanto, tendrás retoños preciosos y de mofletes sonrosados.

—Vaya. —Jaxon la miró entre sorprendido y molesto.

—Sí, eso es lo que pienso. La lasaña ya está.

Se giró para abrir el horno. Él se quedó mirándola en silencio, fijándose en su nuca y en el pequeño lunar que tenía a un lado. Si tenía que ser totalmente sincero, él también había imaginado alguna que otra vez un futuro así para él. Pero, curiosamente, al escucharlo en la voz de Zoe y a través de sus labios, ya no le sonaba igual de bien, sino aburrido. Predecible.

—Deja que te ayude. —Se levantó porque necesitaba mantener las manos ocupadas, así que se encargó de sacar la bandeja y dejarla a un lado.

—¿Tienes mucha o poca hambre?

—Normal. —En realidad, *mucha*, pero seguía una dieta estricta durante la temporada.

Zoe repartió la lasaña, un trozo mediano para él y uno grande para ella. Jaxon la miró sorprendido mientras se acomodaban de nuevo en la barra de la cocina.

—¿Vas a comerte todo eso? —cuestionó.

—¿Tienes algún problema?

Negó con la cabeza, aún confuso. No estaba acostumbrado a pasar el rato con chicas que comían más de lo que podía sostenerse en la palma ahuecada de una mano pequeña. Mientras Zoe devoraba su trozo de lasaña acompañándolo con un trozo de pan, él se dedicaba a contemplarla absorto, incapaz de dejar de estudiar a esa chica que tenía delante.

—Así que creciste en un mundo de hombres...

—Algo así. No creas, también tenía amigas.

—¿Y qué tal fue la experiencia?

—Bien, aprendí grandes cosas. —Le sonrió—. Como, por ejemplo, que dejar la tapa del váter abierta no es el fin del mundo, que matar a un par de zombis en la videoconsola es más importante que ver el resultado de las elecciones o que los días de partido son sagrados.

—Eso no nos deja en muy buen lugar.

—No creas. La ignorancia da la felicidad.

Jaxon no pudo evitar reírse. Sacudió la cabeza.

—¿De dónde has salido, Zoe Matson?

—¿Quieres que te lo especifique?

—¡No, demonios, no! —Volvió a reírse y luego la miró serio—. A propósito, ¿qué fue de tu madre? ¿Por qué te criaste sola con tu padre y tus hermanos?

—Ella nos abandonó.

—Lo siento. ¿Por qué lo hizo?

—Supongo que no era feliz. —Se encogió de hombros y, después, evitando su mirada atenta, se levantó para dejar los platos vacíos en la pila de la cocina.

—¿Y se fue sin más? —insistió él.

—Sí. Al principio nos mandó algún crisma por Navidad, durante los primeros años, o regalos de cumpleaños, pero al final imagino que se cansó de hacerlo. O conoció a una nueva familia más interesante. No lo sé.

Tampoco me apetece hablar de ello.

Pero, para su sorpresa, cuando estaba a punto de salir de la cocina, Jaxon se lo impidió parándose frente a ella y abrazándola. Zoe contuvo el aliento, pero dejó que esos brazos cálidos la rodeasen y se quedó cobijada entre ellos durante unos segundos que fueron perfectos. Pensó que la vida sería mucho más fácil si siempre tuviese junto a ella un apoyo así, el cuerpo de Jaxon dispuesto a darle un abrazo, pero, por desgracia, recordó que aquello era tan solo una tonta ilusión y que tenía que dejar de pensar en imposibles.

Se apartó de él y lo miró con cariño.

—Gracias. Ahora sí creo que será mejor que te vayas —carraspeó para aclararse la garganta porque sentía que tenía algo atascado—. He quedado con unas amigas dentro de media hora y debería darme una ducha rápida —mintió y soltó una risita nerviosa.

—Si quieres te espero y te acerco en coche.

—No será necesario —replicó rápidamente.

—Está bien, como quieras.

Jaxon dejó escapar un suspiro y cogió la chaqueta que había dejado junto al taburete antes de sentarse para comer. Al llegar a la puerta, se giró hacia ella una última vez.

—Gracias por la comida. Y por lo de antes.

—¿Me das las gracias por...? —Lo miró divertida.

—No, joder, no quería decir eso. —Sacudió la cabeza.

—No importa, lo he entendido a la primera, solo me estaba quedando contigo —bromeó Zoe para intentar relajar la tensión que ella sentía flotando a su alrededor. Se preguntaba si él también podía notarla o era solo cosa de su imaginación—. Nos vemos pasado mañana.

Él asintió. Sintió el repentino deseo de inclinarse hacia ella y darle un beso largo, pero reuló en el último instante y tan solo depositó un beso suave en su mejilla antes de salir del apartamento y marcharse por las escaleras del edificio sin mirar atrás.

8

—Entonces, ¿todo bien?, ¿seguro que no necesitas ayuda?

Gabe Jenkins miró a Zoe con atención. La conocía lo suficiente después de aquellas semanas como para saber que no era una de esas personas que están dispuestas a pedir ayuda fácilmente, porque su orgullo y su terquedad se lo impedían.

—Sí, todo va genial. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé, parecías distraída.

—He dormido mal esta noche.

—Comprendo. ¿Te apetece que comamos juntos? Jane tiene el día libre, así que he quedado con ella en ese restaurante en el que hacen ensaladas...

—Está bien. —Zoe suspiró y se levantó—. Aunque esto sí es una distracción.

—Pero no si tu jefe te lo ordena.

Zoe sonrió antes de revisar unas últimas cosas en el ordenador sobre las estadísticas del equipo y cogió la chaqueta fina que se había traído esa mañana antes de seguir a Gabe por el pasillo de la redacción. Saludó a Gina al salir, que tenía un día ajetreado por culpa de dos famosos actores que acababan de anunciar su inesperado divorcio.

Cuando llegaron al restaurante, su amiga Jane ya estaba allí sentada leyendo el menú con gesto distraído. Sonrió al verlos, se levantó, le dio un abrazo a Zoe y un beso a Gabe que terminó siendo más largo de lo socialmente correcto. Se sentaron en la mesa.

—¿Qué vais a pedir? —preguntó Gabe.

—Yo una ensalada con queso de cabra.

—Yo otra con miel —respondió Zoe.

—Perfecto. Pues dos de esas —dijo él.

Se levantó para pedir, puesto que no había servicio de mesas allí, y ellas se quedaron a solas. Zoe miró a su amiga y se sintió un poco culpable por no haberle contado aún lo que había ocurrido entre ella y Jaxon Baker dos noches atrás, pero, para empezar, apenas había visto a Jane últimamente, porque ella terminaba de trabajar tarde y su amiga había dormido con Gabe aquellos días y, además, sentía que si lo decía en voz alta pasaría a ser mucho más real y en su cabeza todavía seguía siendo una especie de fantasía.

Así que solo ella y Baker lo sabían.

No había tenido noticias de él durante aquellos dos días, pero se dijo que no debería sorprenderle. ¿Por qué iba a llamarla? Eran dos adultos, habían dejado claro lo que buscaban y lo que había ocurrido entre ellos, así de simple. Zoe había hecho aquello miles de veces; casi todas, en realidad, porque no era una chica muy dada a las relaciones largas, pero, por alguna razón, esa vez se sentía inquieta, como cuando sales de casa apresuradamente

y de repente tienes la sensación de haber olvidado algo importante, aunque no sepas qué es.

Imaginó que el hecho de mezclar trabajo y vida personal le estaba pasando factura, porque la idea de volver a verlo esa tarde noche durante el partido que disputarían en casa le revolvió un poco el estómago, ese que ya tenía lleno de lo que parecían ser un manojo de nervios.

—¿Cómo ha ido la semana? —preguntó Jane.

—Tranquila. Sin novedades.

—¿Te encuentras bien?

Demonios, ¡cómo me conoce!, pensó.

—Sí, se lo estaba diciendo a Gabe antes —comentó mientras este regresaba y se sentaba junto a ellas—, que no he dormido muy bien últimamente. Será el cambio de tiempo.

Empezaron a comer mientras Jane les hablaba sobre la última boda que tenía que cubrir y Gabe hacía muecas haciendo reír a Zoe. Cuando su novia se dio cuenta, lo amenazó con el tenedor y le dirigió una mirada que podría haber hecho rendirse a un ejército.

—Jenkins, no te burles de mi trabajo.

—Solo me llama por el apellido cuando se enfada —explicó Gabe—. Así puedo diferenciar fácilmente sus estados de ánimo, que son muchos y variados.

—¿Quién iba a decir que estabais hechos el uno para el otro? —Zoe se

echó a reír.

La comida prosiguió con tranquilidad. Cuando empezó a hacerse tarde, Zoe se levantó y dijo que se marchaba ya, porque aún tenía que acabar algunas cosas e ir a casa para cambiarse antes de acercarse antes de la hora al partido que se disputaba esa tarde. Se despidieron de ella dándole un beso en la mejilla y la vieron marchar por la puerta.

—Está rara —masculló Jane de inmediato.

—Hasta yo lo he notado.

—Quizá debería hablar con ella, pero es complicado, ya sabes, Zoe siempre ha sido muy cerrada en cuanto a sentimientos se refiere. Una vez la vi llorar viendo *El diario de Noah* y pensé que por fin había conseguido que una película de amor la emocionase, pero, cuando se lo comenté, me dijo que lloraba porque le dolía pensar en todo el presupuesto que se había gastado en esa película, cuando podría haber sido destinado para hacer otro remake de *La jungla de cristal*. —Jane se encogió de hombros mientras su novio reía y la abrazaba.

—Has estado un poco ausente estos días...

—¿Qué quieres decir? —preguntó mirándolo.

—Que has dormido en mi casa tres noches seguidas... —La sujetó de la muñeca antes de que Jane pudiese empezar a hacerse sus ideas—. No imagines cosas. Por mí, dormirías en mi cama todas las noches de mi vida. Es lo que quiero, ¿recuerdas? —Ella asintió, porque, justo dos días atrás,

mientras hacían el amor, a Gabe se le había escapado la locura de sugerirle que quería que viviesen juntos; sin embargo, Jane sabía que aún era pronto y no quería precipitarse ni terminar tan deprisa esa especie de noviazgo del que estaban disfrutando—. Lo único que digo es que quizá deberías pasar una noche con ella, a solas, y ver qué le ocurre.

—Tienes razón —suspiró.

—No te sientas culpable.

—¡Es que me distraes! —Se quejó divertida y él la abrazó en cuanto salieron del restaurante, acorralándola entre sus brazos en medio de la calle.

—¿Esto te distrae? —Le dio un beso en la barbilla y ella asintió—. ¿Y esto de aquí también lo hace...? —Subió hasta sus labios. Se fundieron en un beso largo—. Bien. Porque espero hacerlo durante mucho tiempo. Tanto, que terminarás cansándote de mí.

Jane sonrió y volvió a besarlo.

9

Jaxon Baker estaba distraído. Tanto que, hasta los chicos más fieles del equipo, esos que siempre lo defendían, aunque él dijese que el cielo era de color morado, habían empezado a notarlo. Se había pasado el entrenamiento del día anterior medio atontado, casi incapaz de responder las preguntas que le hacían más allá de con un *sí* o un *no*, como si fuese tonto.

Y esa sensación no le gustaba en absoluto.

Pero no podía evitarlo. Estaba intranquilo. Nervioso. No dejaba de pensar en Zoe y no estaba acostumbrado a pasarse tanto tiempo divagando sobre una mujer y mucho menos sobre una mujer con la que ya se había acostado lo que, en teoría, debería quitarle interés al asunto y no al revés, como le sucedía. Sentado en el banco metálico de los vestuarios, se concentró en lo que los chicos decían; en pases, jugadas y movimientos que habían ensayado mil veces durante los últimos meses. Tenían que ganar ese partido como fuese.

Hicieron una piña y entonaron el grito de guerra antes de salir a la pista de hielo. Una vez allí, mientras los equipos se alineaban, no pudo evitar la tentación de mirar hasta la grada que solía ocupar la directiva del equipo. Y allí estaba ella, riéndose felizmente mientras uno de los socios le susurraba

algo al oído. Jaxon sintió deseos de estrangularlo y apretó el palo de hockey con fuerza antes de sacudir la cabeza, ¿en qué estaba pensando?

Apartó la vista de Zoe y volvió al presente. El partido. Tenían que ganar.

Poco después, cuando el árbitro del encuentro hizo sonar el silbato, comenzó el juego y Jaxon volvió a ser el de siempre. Intentó adelantarse a los movimientos de los jugadores del equipo contrario, luchó con uñas y dientes durante cada segundo del partido y se esforzó como el que más. Él siempre lo hacía. En su mente solo existía la opción de ganar hasta que se demostrase lo contrario, pero, por desgracia, aquel día no estuvieron finos y el equipo se mostró descoordinado durante la segunda parte del encuentro, así que, cuando todo terminó, agotado y respirando con dificultad, los New York Rangers habían perdido.

Jaxon ahogó una sarta de improperios mientras salía del terreno de juego. No pudo evitar volver a mirar hacia donde estaba Zoe. De hecho, lo había estado haciendo durante la mitad del encuentro, razón por la que se sentía culpable y cabreado, todo a la vez.

Ella ya no estaba allí.

Se fue a los vestuarios junto al resto del equipo y, ese día, aunque normalmente solía ponerse los auriculares y un poco de música para recuperar la tranquilidad mientras se tomaba un batido de proteínas y vitaminas, decidió meterse directamente en la ducha.

Bajo el agua, cerró los ojos, dejó que la calidez le desentumeciese los

músculos doloridos tras el partido, y pensó en Zoe. Hacía dos días que no sabía nada de ella y había dudado durante todo ese tiempo sobre si llamarla o no hacerlo. El problema era que, aunque había estado un par de veces con el teléfono en la mano, no sabía muy bien qué decir cuando ella contestase al otro lado de la línea. Solo sabía que le apetecía oír su voz. No mucho. Solo un rato corto. Escucharla decir alguna broma, contestarle con su tono cortante y poco más.

Incluso había olvidado el enfado del otro día sobre el artículo que sacó en la revista, a pesar de que sus compañeros de equipo se lo habían pasado en grande burlándose de él.

Cuando salió de la ducha, se enrolló una toalla en la cintura y volvió a la zona de los vestuarios en la que estaban los chicos. Escuchó su nombre en la conversación de inmediato.

—Tiene carácter —decía Sean divertido.

—Esa Matson... terminará dirigiendo el equipo.

—¿Por qué habláis de ella? —gruñó Jaxon.

—Nada especial. Ha venido a hacernos una visita.

—¿Zoe ha estado aquí? —preguntó y el corazón empezó a latirle más rápido—. ¿Cuándo?

—Ahora mismo, hace dos minutos que se ha ido. Quería darnos ánimos tras la derrota.

Intentó morderse la lengua para no parecer un pardillo delante de sus

chicos, pero no puedo evitar hacer la pregunta que le rondaba la mente.

—¿No ha preguntado por mí?

Su mejor amigo, Ethan Six, lo miró con curiosidad.

—No —contestó Sean.

—Perfecto. —Cerró la taquilla con un golpe seco.

Si alguno notó que su comportamiento era extraño, no se atrevieron a decirle nada. Y casi mejor, porque no estaba de humor. Por una vez, agradeció de veras el respeto que le tenían como capitán. Se puso ropa cómoda y, ya estaba a punto de salir, cuando Ethan lo sujetó del hombro frenándolo.

—¿Tienes algo que hacer ahora?

—No, ¿por qué?

—¿Te apetece que tomemos algo?

—Está bien. —Se encogió de hombros.

Total, era eso o irse a casa enfadado consigo mismo por estar molesto con Zoe, cuando ni siquiera tenía razones para hacerlo. Le dijo a su amigo que lo esperaría fuera del estadio y salió por la parte de atrás que solía usar la directiva. Una voz bajita le gritó mentalmente que aun guardaba la esperanza de poder encontrarse allí con cierta chica impertinente por casualidad, pero no había rastro de Zoe. Se había ido sin decirle nada, como si no tuviesen nada en común, aunque hacía apenas cuarenta y ocho horas que se habían acostado. Claro que, en cierto modo, eso era lo que Jaxon siempre hacía.

Sacudió la cabeza.

Pensó en el acto publicitario al que debía acudir a finales de esa semana. Y luego sacó su teléfono móvil mientras esperaba a Ethan con la espalda recostada en la pared de hormigón, buscó entre sus contactos hasta ver el nombre de *Amanda* y después escribió un mensaje.

Cuando Ethan salió al fin, se sentía de mejor humor.

—¿Te apetece que piquemos algo por ahí?

—Claro, ¿no le molestará a Sarah?

—Qué va. Estará encantada de perderme de vista —bromeó.

Sarah era su mujer. Ella y Ethan llevaban cuatro años casados y se conocían desde que eran unos niños. Jaxon había sido su padrino de bodas y, muy a su pesar porque jamás lo admitiría en voz alta, a veces sentía envidia al verlos juntos. Eran perfectos el uno para el otro. Cuando Sarah sonreía, a su amigo se le iluminaba la mirada. Y cuando él decía algo, ella lo escuchaba con tanta atención como si estuviese hablando de un nuevo invento ultra secreto. Tenían una de esas relaciones que cualquiera desearía.

Terminaron dirigiéndose hacia una taberna que frecuentaban a veces y que estaba escondida en una calle poco transitada de la ciudad. El camarero ya los conocía y solía dejarles privacidad y darles una de las mesas de la planta superior porque, a veces, era complicado tomarse algo tranquilamente con fans pidiendo autógrafos o fotografías.

Les sirvieron dos cervezas y Ethan estiró las piernas bajo la mesa y suspiró

hondo.

—Un mal partido —dijo negando con la cabeza.

—Tenemos que ganar el siguiente —apuntó Jaxon.

—Solo nos sacan tres puntos, aún está todo en el aire.

—Sí, pero no podemos tener más distracciones como esta.

—Hablando de distracciones... —Su amigo lo miró—. Últimamente pareces muy interesado en Zoe Matson. ¿Qué te traes con esa chica?

—Nada. —Le dio un trago a la cerveza.

—Jaxon, a mí no puedes engañarme.

—Nada *especial* —añadió secamente.

—Se te da muy mal fingir —insistió.

—Está bien. —Puso los ojos en blanco—. Me gusta. Un poco. Solo un poco. —Detalló moviendo los dedos—. Nos acostamos juntos hace un par de días y fue...

—¿Increíble? —adivinó.

—Sí, no sé, conectamos.

—¿Y cuál es el problema?

—Ninguno. Sencillamente ocurrió, pero no volverá a pasar. Fue un lío de una noche. O de un día, mejor dicho. Espero que no sea muy incómodo tenerla a partir de ahora merodeando a mi alrededor por su trabajo y todo eso, ya sabes.

—¿Y no será al revés? —Alzó las cejas, mirándolo.

—¿Qué quieres decir, Ethan? —dijo con brusquedad.

—Si no te conociera, pensaría que lo que de verdad te molesta es que ella no esté precisamente merodeando a tu alrededor. De hecho, ni siquiera ha preguntado por ti cuando ha bajado a los vestuarios a ver a los chicos.

—¿Qué ridiculez es esa?, ¿crees que soy un crío?

—A veces puedes serlo, sí. Eso opina Sarah.

—Tu mujer no me conoce en absoluto.

—Aunque siempre acierta con tu regalo de Navidad.

—Pura coincidencia —espetó molesto—. Cambiemos de tema.

—Está bien, si es lo que quieres... —Suspiró—. ¿Qué crees que deberíamos hacer durante el partido de la próxima semana? Aún no tengo claro en qué nos equivocamos...

Y así, zanjando el tema de raíz, Jaxon volvió a centrarse en el juego, en tácticas, datos y estadísticas, cualquier cosa que lo alejasen de las certeras palabras que su mejor amigo acababa de pronunciar mirándolo a la cara: que estaba molesto por la poca atención que Zoe Matson parecía dedicarle. Él, el gran capitán Baker, se sentía ignorado. Algo que jamás, ni en un millón de años, hubiese imaginado que fuese posible.

10

El acto publicitario al que debían acudir esa semana se celebraba en un prestigioso salón en el centro de Nueva York que habían reservado solo para los chicos, la directiva, el equipo de marketing y los socios de las empresas que habían firmado un acuerdo de patrocinio. Aun así, cuando Zoe llegó y traspasó las puertas tras enseñar su identificación, se dio cuenta de que allí había reunidas más de setenta personas entre invitados y acompañantes.

Caminó con decisión hacia el lugar donde se habían reunido la mayoría, todavía sin sentarse en las mesas ya preparadas que había al otro lado del salón. Casi todo el mundo charlaba animado mientras bebía champagne a sorbos pequeños y charlaban entre ellos. Zoe cogió una copa cuando un camarero pasó por su lado y se debatió unos instantes hasta que vio a algunos chicos del equipo haciendo un corrillo un poco más allá.

Se dirigió hacia ellos. Rick la saludó con una sonrisa.

—¿De dónde has salido? Estás increíble —le dijo.

—Gracias. Tú tampoco estás mal —bromeó Zoe.

Se había vestido de una forma especial para la ocasión y sus amigas le habían ayudado a hacerlo. Después de que Jane acudiese al piso que compartían la noche anterior y la hiciese confesar todo lo que había ocurrido

con Jaxon Baker en menos de cinco minutos, se había puesto manos a la obra para conseguir que esa noche estuviese especialmente guapa.

Llevaba un vestido plateado de un tono muy suave que se ajustaba a su silueta y caía hasta los pies. El escote pronunciado en forma de uve destacaba por la pedrería discreta que lo adornaba y, por primera vez, Zoe se sentía como si estuviese dentro de un cuento, porque el vestido que Gina le había dejado era espectacular y ella pensaba disfrutar de la noche, incluso a pesar de que cierto chico en el que no podía pensar rondase por allí...

Aunque se prometió no terminar babeando por él, unos días antes, cuando perdieron aquel partido, no pudo reprimir sus instintos y bajó a los vestuarios antes de irse. Casi fue una bendición que no se lo encontrase allí y Jaxon ya se hubiese marchado a las duchas. Podría haberse esperado, pero no quería empezar a comportarse como una de esas chicas que caían a sus pies a la primera de cambio y se dedicaban a convertirse en su sombra, así que se marchó con un nudo en la garganta y esa sensación incómoda que la acompañaba desde el instante en el que él había salido por la puerta de su apartamento sin mirar atrás.

—¿Cómo va la noche, chicos? —preguntó.

—Aquí, hambrientos y esperando —gruñó Sean.

Zoe empezaba a acostumbrarse a la idea de que los chicos del equipo tuviesen hambre a todas horas, daba igual que fuese día o noche, nada parecía llenar sus estómagos.

—Te presento a mi esposa, Sarah —le dijo Ethan.

—Encantada de conocerte. —Saludó a la chica, que tenía el pelo corto y rubio y parecía una muñeca—. Yo soy Zoe, la que trabaja en la revista y persigue a los chicos —bromeó.

—Ethan me ha hablado de ti. —Le sonrió.

—Eh, ahí viene el capitán —interrumpió Rick.

Zoe notó que se le aceleraba el corazón mientras se giraba. Y, entonces, se paró de golpe. Fue solo un segundo, pero un segundo que se le hizo eterno. Allí estaba Jaxon Baker, vestido con un traje de chaqueta que se ajustaba a la perfección a sus anchos hombros y que resaltaba el verde intenso y jade de sus ojos. Hubiese sido una imagen celestial, de no ser por la chica alta y rubia que lo acompañaba y caminaba a su lado cogiéndole del brazo.

Se obligó a tragar saliva mientras él se acercaba y, con una sensación incómoda dándole vueltas en el estómago, intentó mantener la compostura. ¿Qué le ocurría? Solo habían sido dos adultos teniendo buen sexo un día cualquiera, dejándose llevar. Ahora él acudía a la cena junto a otra chica. Tan simple como eso. Zoe no estaba acostumbrada a sentir celos. Ni dolor. Ni ningún sentimiento más allá de un poco de diversión, atracción y ganas de coquetear. Pero, sin embargo, teniéndolo delante, sintió ganas de abofetearlo y preguntarle por qué estaba haciendo eso que, por inexplicable que fuese, la hacía sentir tan mal.

No solo mal. También vulnerable. Y un poco débil.

—¡Ya pensábamos que no llegabas! —gritó Sean.

—¿Te has perdido de camino aquí? —bromeó Rick.

—Cierta chica tarda más de la cuenta en arreglarse —comentó Jaxon mientras su acompañante sonreía con coquetería—. Os presento a Amanda.

—Encantado, aunque creo que ya te conozco —dijo Sean—. ¿Tú no salías en ese anuncio de perfumes? El de la chica que corría descalza por la playa.

—Sí. —Batió sus pestañas como si estuviese en pleno rodaje.

Zoe hizo el esfuerzo de su vida por mantenerse serena, pero lo consiguió. Se concentró en respirar, en evitar esa mirada verde que de vez en cuando caía sobre ella, aunque solo pudiese percibirlo de reojo, y bebió todo el champagne que pudo. Por suerte, Sarah, la esposa de Ethan Six, era una mujer encantadora que habló con ella sin cesar interesándose por su trabajo hasta que la conversación terminó siendo más personal y directa.

—Debe de ser duro pasarte el día rodeada de estos —señaló con la cabeza al grupo de jugadores que estaban reunidos a su izquierda—. No sé cómo lo soportas —dijo riendo.

—Porque me pagan bien —bromeó Zoe.

—Una chica lista. Y deberías pedir un aumento.

—No es algo que descarte —dijo antes de dar otro trago.

—Los chicos pueden comportarse a veces como críos, porque están acostumbrados a tenerlo todo y a conseguir aquello que se proponen, pero en el fondo son buena gente.

—Sí, algunos más que otros —dejó caer Zoe.

No podía ignorar esa sensación de incomodidad que sentía en la boca del estómago. Ni siquiera la bebida lograba apaciguarla un poco. Y era incapaz de dejar de mirar la mano de esa joven, Amanda, posada con delicadeza sobre el brazo de Jaxon.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Sarah.

—Oh, nada. Ethan es fantástico, de verdad.

—¿Hay alguno que te lo ponga más difícil?

—Alguno... —suspiró hondo—. No debería hablar de esto.

—Vamos, sé guardar un secreto. —Sarah le sonrió.

—Está bien. —Cogió aire—. Baker es un hueso duro de roer —confesó finalmente hablado en susurros a pesar de que estaban lejos del aludido—. Y alguno más también.

—No te creas. —Sarah la miró con cariño y Zoe se preguntó si su marido le había hablado sobre ella, porque la miraba como si ya se conociesen—. Jaxon no es tan terrible como parece de cara a los demás. Solo es un poco testarudo y teme perder su privacidad.

—¿Por qué? Los demás no se comportan igual.

—Eso debería contártelo él... —Sarah la miró vacilante.

Zoe quiso seguir indagando para averiguar a qué se debía esa actitud tan reservada, pero justo en ese momento comentaron que debían ir acercándose a las mesas para acomodarse en los asientos correspondientes y todos se

pusieron en marcha. A propósito, Zoe caminó con rapidez para no tener que ver desde atrás cómo él avanzaba junto a su acompañante entre susurros y risitas. Se sentó al lado de Sarah y Ethan. Para su desgracia, Jaxon terminó ocupando la silla de enfrente y, en cuanto se sentó, la miró fijamente a los ojos.

El silencio que se formó entre ellos estaba cargado de tensión.

—¿El menú no incluye ensalada? —Se quejó Amanda.

—Tienes buen aspecto, Matson —comentó Jaxon ignorando a su acompañante y dirigiéndose a ella por el apellido, como si quisiese marcar las distancias que ya habían roto días atrás en su apartamento, en su cama—.

¿Qué tal la semana?

Quiso hacerle daño con el cuchillo de la mantequilla.

—Intensa —mintió—. He estado ocupada.

—Ya me imagino.

¿A qué venía eso?

Zoe frunció el ceño justo cuando Sarah la distrajo diciéndole que el solomillo de ternera a la pimienta que hacían en ese sitio era el mejor que probaría en su vida. Bien, al menos merecía comer a gusto si tenía que soportar hacerlo delante de él. Y de la tal Amanda, claro.

Los camareros sirvieron los platos.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó ella.

—Soy periodista —explicó vagamente.

—Oh. —Se llevó una mano a la boca y fingió mirar a Jaxon con preocupación antes de volver a centrar sus ojos en Zoe—. Espero que no pretendas sacar nada sobre nosotros. No hemos querido hacer público que asistíamos juntos esta noche.

Zoe tragó el trozo de carne como pudo. Desde su punto de vista, Amanda buscaba más bien todo lo contrario: que alguien los fotografiase o anunciase que habían acudido a aquel evento como acompañantes. Sin duda, le sería mucho más útil a ella que a él.

Abrió la boca para contestar, pero Jaxon se le adelantó.

—Zoe no es periodista del corazón —explicó.

—Casi mejor —dijo, aunque parecía apenada—. ¿Qué haces, entonces?

—Solo me ocupo de la sección deportiva. No temas —quiso añadir—, tu secreto está a salvo conmigo. Nadie sabrá que viniste a esta cena con Jaxon Baker —le guiñó un ojo.

Pudo ver la decepción en los ojos de Amanda.

Retiró su silla hacia atrás y se levantó, dejando la servilleta sobre la mesa.

—Si me disculpáis, tengo que ir al lavabo.

Se alejó de allí caminando con paso decidido y entró en los servicios, que eran tan imponentes que casi parecían los de una mansión de la realeza, cubiertos por mármol blanco y espejos inmensos en las paredes. Suspiró hondo y se miró en el espejo. No tenía ganas de ir al baño, tan solo necesitaba calmarse y recordar quién era y por qué había llegado tan lejos a lo largo de

su vida, pese a no recibir ninguna ayuda por parte de nadie.

Era Zoe Matson. Había salido ilesa de una infancia bastante gris junto a su padre, que prácticamente pensaba que todas las mujeres eran como su madre y que debían quedarse dentro de casa ocupándose de las tareas del hogar, y con sus hermanos, que se dedicaron a ignorarla pese a que ella llegó a ser mejor que los dos en casi todos los deportes o analizando los partidos de los domingos e incluso cortando la leña para el invierno cuando se convirtió en una adolescente lo suficientemente decidida como para mantener un hacha en alto.

Había superado todo eso y también el abandono de su madre. Los años duros de estudios para conseguir becas y los que después pasó ocupando un puesto de trabajo que no la entusiasmaba. Y ahora que por fin había conseguido lo que quería, tenía que mantener la calma, comportarse como una profesional, hacer su trabajo allí con esos chicos y marcharse como si jamás los hubiese conocido. Tan fácil como eso.

El problema era que, claro, de fácil no tenía nada.

Porque Jaxon Baker la atraía de una manera que no sabía explicar. Todo en él parecía haber sido creado para tentarla: su envidiable aspecto físico, su mirada felina, su pasado lleno de baches que también había conseguido sortear... A Zoe le gustaban las personas luchadoras, leales y dispuestas a seguir adelante pese a las dificultades. Y Jaxon encajaba en esa definición. También en la de un hombre alucinante en la cama y fuera de ella, los pocos

ratos en los que se relajaba, como en la azotea o mientras comían lasaña en su casa, y se comportaba como un tipo normal al que no pareciese que le estuviesen persiguiendo una manada de perros.

Su única tara era que era imbécil. Como todos los tíos.

Demasiado simple como para no darse cuenta de que la chica que tenía al lado estaba utilizándolo por su fama y porque, evidentemente, era guapo a rabiar.

Zoe intentó repetirse delante del espejo ese defecto de Jaxon.

—Es un imbécil —susurró mientras se ajustaba el escote del vestido—. Un imbécil grande, muy grande. Un imbécil que me gusta... ¡Mierda! —Se golpeó la frente con la palma de la mano. ¿Qué demonios le pasaba? Así no iba a lograr nada, solo fracasar.

Cuando contempló su reflejo una última vez, ya no se vio tan deslumbrante como antes de salir de casa, sino como una chica normal, muy normal, metida dentro de un vestido que solo una mujer de metro ochenta podría lucir de verdad. Chasqueó la lengua, enfadada consigo misma por pensar esas cosas, y salió de los servicios.

Y entonces fue cuando tropezó y chocó con alguien.

No le hizo falta mirarlo para saber que era él.

11

Jaxon contuvo el aliento mientras sujetaba el cuerpo de Zoe contra el suyo. Por suerte o por desgracia, ella se soltó de inmediato y dio un paso atrás. Por desgracia, porque si se hubiese quedado un solo segundo más allí, él hubiese estado a punto de besarla. Y por suerte, porque lo último que Jaxon deseaba era caer en la tentación que Zoe empezaba a ser.

Esa noche estaba especialmente guapa.

El vestido plateado que llevaba resaltaba su cabello de color oscuro y su tez morena. La tela suave marcaba todas y cada una de las curvas de su silueta y Jaxon sintió la necesidad de reclamarla como suya y de hacer algo para que todos los demás chicos del equipo dejasen de babear mientras la miraban, pero esa idea estaba tan lejos que tuvo que conformarse con respirar hondo, caminar con Amanda cogida de su brazo y sentarse lo más cerca que pudo de ella, aunque, por la cara que puso, no pareció hacerle demasiada gracia la situación.

Era la primera vez en su vida que una chica se acostaba con él y no intentaba llamarle o ponerse en contacto al día siguiente. Dos a lo sumo. Y en teoría aquello era perfecto, lo ideal, justo lo que él quería... el problema era que de la teoría a la práctica existía un trecho demasiado amplio. Jaxon se

encontraba exactamente en ese gran trecho.

—Perdona, no iba mirando por donde iba.

Él no le dijo que aquello no era un encuentro casual. Se había levantado un minuto después de verla desaparecer por el pasillo que giraba hacia los servicios, en el ala sur de la sala. De fondo se escuchaba el sonido de las voces y los cubiertos, pero era imposible ver nada.

—Tranquila. ¿Te lo estás pasando bien?

Notó que ella se tensaba ante la pregunta.

—Genial. Maravillosamente bien. Gracias.

—Pues no lo parecía —replicó Jaxon.

—¿Por qué lo dices? Quizá necesitas gafas.

Él dejó escapar una carcajada ronca y extendió una mano para apoyarla en la pared e impedir que ella se marchase, acorralándola entre esta y su cuerpo. Sintió deseos de besar la piel de su escote que aquel vestido dejaba a la vista. Respiró profundamente.

—Quizá tú necesites trabajar mejor tus gestos de entusiasmo —contrató.

—No tengo ninguna razón para no estarlo. El menú es fantástico, el lugar también, el ambiente es agradable... —Fingió estar pensativa—. Admito que la compañía podría ser mucho mejor, sí, pero no me quejo. Hay que saber ser conformista cuando toca.

—¿Noto cierto tono de enfado? —Él alzó una ceja.

—Yo noto que esta noche has debido de beber más de la cuenta.

—No he probado ni una gota de alcohol —le aseguró Jaxon.

—Vale, entonces el problema de idiotez viene de fábrica.

Zoe se hizo a un lado para intentar marcharse, pero él se lo impidió sujetándola de la muñeca y acercándose tanto que ella pudo sentir ese aliento fresco contra su mejilla.

—Mi idiotez parecía gustarte mucho hace tan solo unos días.

Ella se zafó de él con brusquedad y apretó los dientes.

—¿Estás coqueteando conmigo con tu acompañante a unos metros de distancia? Escúchame bien, Baker, puede que hayas estado con muchas mujeres a lo largo de tu vida, pero no me conoces lo más mínimo y no estoy dispuesta a ser tu nuevo juguete. Nos acostamos, estuvo bien y punto. Vuelve a la mesa y disfruta de la noche con Amanda.

—Yo... no quería decir... no pretendía...

Pero antes de que pudiese encontrar las palabras adecuadas para reparar su error, ella lo dejó atrás con decisión y caminó de regreso junto a los demás invitados.

Jaxon la siguió poco después, sintiéndose como un idiota.

¿Por qué había pensado que a una mujer como Zoe no le molestaría que coquetease con ella a pesar de haber ido acompañado por otra? Pues muy fácil: porque precisamente no se había parado a pensarlo en ningún momento. Le había salido natural.

Al tenerla delante, había olvidado la cena, a Amanda y todos sus

principios, incluyendo esa parte teórica en la que no tenía previsto volver a acercarse a ella de esa manera. Era muy consciente de que, si Zoe le hubiese pedido que se colasen en los servicios y la desnudase, él hubiese accedido sin pensárselo ni un segundo. Y eso resultaba preocupante, porque Jaxon no solía desproteger así su intimidad. Normalmente, era cuidadoso a la hora de que nadie pudiese verle en público o en una situación comprometida con ninguna mujer. Se le habían insinuado cientos de veces en sitios públicos, pero jamás había mordido esa manzana.

Una vez volvió a la mesa, se concentró en conseguir terminarse la cena sin perder la compostura, a pesar de que Zoe parecía decidido a ignorarlo y de que Amanda intentó en dos ocasiones acariciarle la pierna bajo la mesa, algo que él terminó impidiéndole.

Se había comportado como un crío. Era consciente de ello.

Como Zoe no le había llamado tras aquel encuentro ni le había dicho nada al bajar a los vestuarios después del partido, él había decidido ir acompañado por una chica que no le importaba lo más mínimo, como si con eso fuese a conseguir ganarse el interés de Zoe.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ethan.

—Sí, estoy perfectamente —mintió.

Se aflojó el botón superior de la camisa.

Cuando la cena terminó y todos se levantaron, intentó encontrar a Zoe entre la multitud para hablar con ella, aunque no tenía muy claro qué decirle.

Pedirle disculpas, para empezar. Pero en todo momento estuvo acompañada por los chicos del equipo o algún miembro de la directiva. Para cuando él consiguió alejarse unos segundos de Amanda y dar con ella, Sarah, la mujer de su mejor amigo, se plantó delante de él cruzada de brazos.

—¿Qué has hecho, Jaxon Baker? —preguntó.

—¿Yo? Nada, ¿por qué me miras así?

—Sé lo que ocurrió con esa chica, Zoe.

—Joder, ¿Ethan no puede guardar ningún secreto?

—Evidentemente no, soy su mujer. Sé cuándo intenta mentirme incluso antes de que lo intente. En eso consiste el matrimonio, Jaxon, en conocer a la persona que tienes al lado mejor de lo que conoces a ninguna otra. En eso, y en la química. Como esa que tú tienes con Zoe, ya sabes a qué me refiero. Y ahora desembucha.

—Yo no tengo... ¿de qué estás hablando? ¿Y dónde está ella?

—Se acaba de marchar —contestó Sarah.

—¡Mierda! —Se revolvió el pelo.

—Así que sí que las cagado.

—Un poco. Solo un poco.

—Viniendo de ti eso será un desastre.

Jaxon maldijo por lo bajo, buscó su chaqueta y salió del salón. Caminó por las calles oscuras por si aún la encontraba por allí, en la parada de taxis cercana que había a una manzana de distancia, pero Zoe no estaba allí.

12

Zoe se dejó caer en el sofá en cuanto llegó a casa.

—¿Qué tal ha ido la cena? ¿Todo bien? —preguntó Jane, sentándose a su lado y pasándole el bol lleno de palomitas que llevaba en la mano.

—Bien, sí, si tenemos en cuenta que Baker se ha presentado con esa modelo del perfume de rosas como acompañante y que después ha tonteado conmigo. Así que he terminado agobiándome y largándome antes de lo previsto, cuando debería haberme quedado al menos una hora más para no parecer ansiosa por irme delante de los directivos.

—Lo siento mucho, cielo. Ese tipo es idiota.

—Lo sé. —Se llevó las manos a la cara—. Por eso no entiendo por qué me gusta tanto. Y odio sentirme así, como si no controlase mis propios sentimientos.

—Zoe, es que no los controlas. Ni tú ni nadie.

—Mira quién fue hablar. Hasta que apareció Gabe eras casi como un robot.

—Por eso mismo: todos tenemos nuestro punto débil. Él fue el mío. Jaxon el tuyo...

—¡No lo digas ni en broma! Conseguiré quitármelo de la cabeza.

Justo en ese instante llamaron el timbre. Jane frunció el ceño. Zoe rezó

para que no fuese la persona en la que estaba pensando, porque no estaba preparada para enfrentarlo.

Jane se levantó y se puso de puntillas para ver por la mirilla.

—Tenemos a un jugador famoso de hockey en la puerta.

—¿Estás bromeando? —El pánico tiñó su voz—. No puedo hablar con él. No ahora. Por favor, Jane —dijo en susurros—, haz lo que sea para que se largue de aquí.

Se escabulló y se metió en el baño, aunque dejó la puerta un poco entornada para poder oír lo que decían los otros dos. La idea de que Jaxon la viese en aquel estado era demasiado; para empezar, tenía el rímel un poco corrido, porque no había podido impedir que se escapasen un par de lágrimas de camino hacia casa y, para más inri, ni siquiera se había desmaquillado antes de ponerse el pijama más cutre que guardaba en su armario, uno de cuando era una cría que tenía una camiseta vieja de Piolín de la que sus hermanos solían burlarse a todas horas. Pretendía mantener algo de orgullo.

—¿Está Zoe en casa? —preguntó.

—¿Zoe? No me suena ese nombre.

—Pues vive aquí. Déjate de bromas.

—¡No estoy bromeando! Creo que te confundes con la del quinto... ¡eh, espera, no puedes pasar! ¡Maldito seas, Jaxon Baker! ¡Quieto ahí!

—Ah, parece que me conoces bien...

—Veo mucho la televisión.

—¿En serio?, ¿en qué posición juego?

—Ehhh... ¿arquero? —A Jane le tembló la voz.

—¿Arquero? ¿Tú de dónde has salido, chica?

Zoe maldijo por lo bajo y cerró la puerta justo un segundo después de que su mirada se encontrase con la de Jaxon a través de la rendija abierta. *¿Arquero?, ¿en qué demonios pensaba Jane para decir una tontería semejante?* Su amiga nunca había estado muy al tanto de deportes, pero no pensó que hasta ese punto. Apoyó la frente en la puerta cerrada.

—¡Zoe, vamos, abre de una vez!

La voz de Jaxon era fuerte y profunda.

—¡No deberías estar aquí! —gritó—. Vete. Hablaremos mejor... otro día.

—¿Por qué? —insistió, tozudo como una mula, para no variar.

—Porque estoy vestida con un pijama de Piolín y llevo el maquillaje y el pelo hecho un desastre, ¿te vale eso? No quiero que me veas así, ¡márchate ya, Jaxon!

—No me sirve. Venga, abre la puerta.

—Si no te marchas, llamaré a la policía —dijo Jane con resolución.

Zoe se llevó una mano a la boca para impedir soltar una risotada. Lo peor era que sabía que su amiga podía estar hablando perfectamente en serio, porque Jane no se andaba con rodeos cuando una idea se le metía en la cabeza; era rígida y muy práctica. Si se le ocurría hacer algo así y las autoridades aparecían por ahí, sería el mayor escándalo de los New York

Rangers y lo último que necesitaba el equipo en esos delicados momentos.

Así que, muy a su pesar, terminó abriendo la puerta.

Jaxon ladeó la cabeza sin dejar de mirarla.

—No está mal el pijama —bromeó.

Ella pasó por su lado y le golpeó el hombro.

—Está bien, ya he salido. ¿Qué querías?

Jaxon le dirigió una mirada significativa a Jane.

—¿Te importa dejarnos algo de privacidad?

—Estaré bien —le dijo Zoe a su amiga.

—De acuerdo. —Se alejó hacia la habitación.

Una vez se quedaron a solas en medio del reducido pasillo, Jaxon tomó una bocanada de aire antes de hablar y apartó la mirada de ella como si le costase pronunciar las siguientes palabras. Después la alzó, suspiró y decidió no alargar más el momento.

—Lo siento, ¿vale? Lo siento mucho.

—¿Qué es lo que sientes? —Lo miró.

—Siento haber sido un idiota. Quiero decir, eso de tontear contigo estando Amanda allí y todo lo demás... —Se frotó la mejilla. No parecía estar demasiado acostumbrado a tener que pedir disculpas—. Lamento haberme comportado como un crío.

—Vale, empezamos a entendernos.

Zoe sonrió y él se quedó prendado de ese gesto antes de que ella se alejase

por el pasillo hacia el salón de la entrada. Jaxon la siguió, incapaz de dejar de mirar sus piernas.

—Eres difícil de complacer, ¿nunca te lo han dicho?

—¿Crees que debería exigir menos? —le preguntó.

—No. —En absoluto. Si algún tío se acercaba a ella en el futuro, Jaxon tenía la esperanza de que ella exigiese más, mucho más, porque se lo merecía, qué demonios. Carraspeó antes de volver a mirarla—. En cuanto a Amanda... sobre eso...

—No hace falta que me lo cuentes.

—No ha pasado nada —terminó de decir.

—Jaxon, de verdad, esto no es necesario.

—Da igual. Quería que lo supieses, solo eso.

—Vale. —Se miraron fijamente.

—¿Nos vemos pasado mañana?

—Claro. Buenas noches, Jaxon.

—Buenas noches, Zoe. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla, pero peligrosamente cerca de la comisura de su boca. Ella sintió un escalofrío mientras él se apartaba y le sonreía antes de marcharse por las escaleras como había hecho la semana anterior.

Cerró la puerta y respiró al fin, porque tenía la sensación de que se había pasado toda la conversación conteniendo el aliento y ahogándose. Se llevó una mano al pecho.

—¡Madre mía, Zoe! Estás muy pillada —gritó Jane saliendo de la habitación. Por supuesto, había estado escuchando a escondidas toda la conversación—. ¡Y él también! ¿Qué está pasando con vosotros? Ahora necesito más detalles.

—No está pasando nada. Ya lo has oído. Somos amigos y nos veremos dentro de dos días cuando se dispute el siguiente partido. Eso es todo.

—No hay más ciega que la que no quiere ver —canturreó Jane.

Zoe la ignoró, pero se pasó el resto de la noche pensando en él, en su mirada verde e intensa y en esa forma que tenía de hablar arrastrando un poco las palabras al hacerlo. Y olía demasiado bien, como algo adictivo. Por no hablar de su cuerpo... ese cuerpo que la había hecho temblar bajo las sábanas de su cama y que habían convertido un polvo improvisado en el mejor de toda su vida, porque no podía dejar de recordarlo.

A la mañana siguiente, cogió un café de la calle para llevar y fue en metro al trabajo. Como Gabe ese día llegaba más tarde, adelantó las tareas pendientes, terminando un par de artículos que mandó a maquetar. Después, sobre la hora del almuerzo, y dado que Jane también parecía haberse tomado la mañana libre con su novio, se dejó caer por la sección de Gina, que estaba en la otra punta de la oficina. Allí estaba su amiga, tecleando en el ordenador.

—Tienes mala cara —le dijo nada más verla.

—Una noche complicada —explicó.

—Dame cinco minutos y te invito a un sándwich.

Zoe le sonrió y esperó pacientemente. Vio pasar por allí al jefe de la revista, Dominic Miller, y a la pobre Ava siguiéndolo apresuradamente mientras le recitaba sus tareas del día. Unos metros más atrás, su hermano Blake Miller le gritaba una sarta de tonterías que el otro se esmeraba por ignorar con su frialdad habitual. Se dijo que no sabía muy bien cómo esa revista funcionaba en pie; bueno, sí, porque, a pesar de todo, Dominic tenía un olfato para los negocios que le había hecho ganarse el apodo de *la Bestia* a pulso.

Cuando Gina terminó, bajaron a almorzar.

Una vez se sentaron en una mesa y les sirvieron los sándwiches de pollo que habían pedido, su amiga fue directa al grano, típico de ella, que no solía andarse con rodeos. Era una chica vivaracha, que medía poco más de metro cincuenta, pero imponía lo suyo, y que tenía un aura angelical y a la vez traviesa que atraía a todo el mundo.

—Vale, dime qué es lo que te ocurre, cielo.

—Nada, ¿tan mala cara tengo?

—Pues... sí —confesó.

—Es este trabajo nuevo, todavía me estoy acostumbrado. Supongo que dentro de unas semanas lo llevaré mejor —dijo a trompicones, pero, al final, ante la mirada atenta y avispada de Gina, terminó por desmoronarse—. En realidad, Jaxon me está volviendo loca.

—Y no te culpo, querida. Está para mojar pan.

—¡Gina! —Se rio—. Va en serio. Me preocupa.

—¿Quieres que recurramos a mis fuentes?

—No lo sé... —Torció el gesto—. Sí.

—De acuerdo. Vamos allá.

Gina sacó su Tablet del bolso y movió los dedos por ella. *Las fuentes* de Gina eran increíbles, no solo porque era la mejor directora de prensa rosa que Zoe conocía, sino porque, además, también tenía información que nunca había salido a la luz. Es decir, si de repente un paparazi de la revista pillaba a una actriz siendo infiel a su marido, llegaban a un acuerdo con su agente a cambio de no publicar las valiosas fotografías. Así era el negocio de la fama.

—Jaxon Baker... —comenzó a decir Gina—. Jugador de hockey, sí, el primer lío conocido que tuvo fue con Siena Mallory, una cantante que fue conocida hace casi una década. En realidad, por lo que veo, no fue un lío precisamente, porque estuvieron juntos más de seis años. Vaya, vaya, qué interesante. Esto no me lo esperaba.

—¿Qué pone ahí? —preguntó más ansiosa de lo que pretendía.

—Llegaron a prometerse —dijo Gina.

—¿¡Qué!?! ¡No lo dices en serio!

—Sí. Baker acababa de fichar por los New York Rangers y empezaba a ser muy conocido y a ganar mucho dinero, porque le regaló un pedrusco tan grande que podría haberse visto desde la luna —bromeó—. La noticia tiene años y es bastante antigua.

—¿Se casó con ella? —preguntó con un gemido.

—No. Eso es lo más interesante de todo.

—¡No me dejes en ascuas! —exclamó.

—La boda no llegó a celebrarse. Rompieron el compromiso dos semanas antes. Ninguno hizo declaraciones, pero me consta que Jaxon pagó una buena cantidad de dinero a cambio de que Siena Mallory no hablase con la prensa sobre la relación que habían mantenido y airease su privacidad. Lo más curioso de todo esto es que, un mes y medio más tarde, ella se casó con un compañero de equipo llamado Max que se fue la temporada siguiente a otro equipo. Todo suena muy raro, ¿no crees? —La miró dubitativa.

—Un poco, sí. ¿No hay nada más? —preguntó.

—No mucho, a partir de ese momento, solo aparecen fotografías de Jaxon cenando, coqueteando o pasando el rato con alguna chica alta y guapa, pero con ninguna parece haber salido en serio más de unas semanas. Pasó de una relación de seis años a líos esporádicos.

—Quizá él la engañaba. Ella se cansó y lo dejó y, después, él se dedicó a hacer lo que realmente le apetecía, ir de flor en flor y conocer cada noche a...

—Eso no tiene mucho sentido —la cortó Gina—. ¿Por qué ella se casó un mes y medio después? Suena un poco precipitado, ¿no crees? Y, además, con un compañero de equipo.

—Tendría un flechazo. Ya sabes cómo son los famosos; se conocen, se casan y tienen hijos en menos de lo que dura un pestañeo. —Puso los ojos en

blanco—. En fin, debería irme. Tengo que terminar algunos artículos y mañana pongo rumbo a una ciudad que está a cinco horas de distancia rodeada de veinte hombres. Deséame suerte.

—¡Suerte! —Le lanzó un beso—. ¡Aunque no la necesitas!

13

Sí que iba a necesitar esa suerte, sí, porque en cuanto Jaxon Baker subió al autobús en último lugar y le preguntó si podía sentarse a su lado, Zoe se sintió como si volviese a tener cinco años y fuese una niña tonta y un poco patosa. Apartó su bolso para dejarle espacio.

—Claro, no hay problema —le dijo.

—Eso es lo que hacen los amigos, ¿no? Compartir asiento —comentó él mientras sacaba de su bolsa un libro y los auriculares para escuchar música.

Zoe asintió y después se pasó la siguiente media hora más tensa que el palo de una escoba, incapaz de ignorar la tensión que palpaba al pensar en el hombre que tenía al lado. Su presencia resultaba arrolladora y lograba silenciar las voces de los demás chicos del equipo que se alzaban al fondo del autobús, bromeando animados mientras recorrían la carretera.

—¿En qué estás pensando?

Zoe giró la cabeza hacia Jaxon.

—Nada, tonterías. —*Como en lo bien que hueles.*

—Pues dime esas tonterías —insistió.

—Pensaba... en la mermelada de tomate, sí. —*Y en la idea de volver a desnudarte.*

—¿Mermelada de tomate? —Jaxon la miró sorprendido.

—Ajá. He leído que es muy buena para la salud, ¿sabes? —*El sexo también es bueno para la salud. De hecho, el sexo contigo debería ser obligatorio para la salud de todas las mujeres.*

—No tenía ni idea. —Se encogió de hombros—. ¿Te apetece ver una película?

—¿Ahora?, ¿aquí? —preguntó frunciendo el ceño.

—En la Tablet, con los cascos —dijo tendiéndole un auricular.

Ella asintió, lo cogió y se lo puso en la oreja. Mientras la película daba comienzo a intentaba relajarse en el asiento, no podía dejar de pensar en lo surrealista que era estar haciendo aquello con Jaxon Baker, el ídolo de masas y el tipo que al principio se limitaba a gruñir como un energúmeno cada vez que ella estaba cerca. Mirándolo de reojo, recordó lo que Gina había leído sobre él el día anterior y no pudo evitar preguntarse qué más secretos escondía Jaxon y por qué tenía la sensación de que vivía con una coraza a cuestas.

Se preguntó si habría amado a esa tal Siena...

Tendría que haberlo hecho para estar a su lado más de seis años, ¿no? Ni siquiera lo imaginaba teniendo una relación seria. Por aquel entonces, ella no estaba al tanto de cotilleos, pero lo último que había sabido de él era justo lo contrario a un hombre de relaciones estables y duraderas. Algo no cuadraba en él, como si fuesen dos personas distintas.

Se guardó sus preguntas e intentó concentrarse en la película, aunque a duras penas lo consiguió teniéndole tan cerca. Después, cuando terminó, ella sacó el portátil para trabajar un poco durante el viaje y él estuvo leyendo un rato una novela ambientada en el antiguo Egipto porque, por lo que ella dedujo, debía de seguir gustándole la historia.

Aquel día llegaron al hotel antes de la hora de la comida y el partido se celebraba esa noche. El equipo estuvo reunido con el entrenador durante toda la tarde, tiempo que Zoe aprovechó para hablar con sus amigas por el chat que compartían y para cambiarse de ropa.

Una vez estuvo lista, salió del hotel y se dirigió a la pista de hielo, donde todo el público ya estaba congregado. No supo por qué, pero terminó desviándose de su camino y bajando a los vestuarios. No entró. Esperó en la puerta hasta que los chicos empezaron a salir y, una vez los vio hacerlo en fila, les deseó suerte y les sonrió. Jaxon, al ser el capitán, fue el último al salir, y se quedó mirándola con el casco bajo el brazo.

—Suerte —le dijo ella con un hilo de voz.

Jaxon la contempló durante tanto rato que los demás jugadores desaparecieron hacia el túnel y aguardaron allí esperando unos minutos hasta que el partido comenzase. Zoe se movió para irse, incómoda y sintiéndose avergonzada, algo poco habitual en ella, pero Jaxon se lo impidió sujetándola del brazo. La giró hacia él y se inclinó.

Entonces la besó. Así, de forma inesperada.

Fue un beso suave y corto, sencillo.

A Zoe nunca la habían besado así porque, cuando lo hacían, normalmente era con la idea de pasar al siguiente nivel, de modo que los besos solían ser más fogosos. Pero, en aquella ocasión, resultó diferente. Un beso de verdad. De esos que te das con una pareja con la que llevas tiempo saliendo y que te nacen de una forma natural, casi sin pensarlo.

Se quedó paralizada mientras él se alejaba hacia el túnel.

Después alzó una mano, se acarició los labios y sonrió.

Jaxon, por el contrario, se pasó la lengua por los labios como si quisiese llevarse el sabor de la chica. Después se puso el casco, se colocó tras los demás y salió a la pista de hielo como si en vez de darle un beso a Zoe acabase de tomarse un batido energético o algo así. Se sentía extrañamente pleno. No había pensado en lo que estaba haciendo hasta que, sencillamente, lo hizo sin más, porque las ganas ganaron la batalla en ese segundo de duda.

Unas dudas que no lo acompañaron durante el partido.

No recordaba el último encuentro en el que había estado tan concentrado. Se sentía pletórico, capaz de esquivar a cualquiera que se le pusiese por delante y de meter el disco en la portería contraria como si esa fuese la única idea que tenía en la cabeza.

Así que lo hizo. A pesar de que no fue el mejor día de algunos compañeros, Jaxon Baker jugó como hacía semanas que no lo hacía. Metió varios tantos, se peleó con los defensas y terminó forcejeando con uno, pero le dio igual.

De hecho, cuando el encuentro terminó, seguía sin estar cansado, como si todavía no hubiese descargado toda la adrenalina que ese beso con Zoe tan suave como íntimo había despertado en él.

Hacía mucho tiempo que había olvidado esa sensación.

Cuando llegó a los vestuarios, su ánimo flaqueó un poco.

—Eh, capitán. —Ethan lo llamó—. ¿Estás bien?

—Sí, solo un poco cansado —mintió.

—Un partido cojonudo.

—Gracias. Lo mismo digo, Six.

Se marchó hacia las duchas y, cuando estuvo debajo del agua, recordó esa sensación que lo embargaba cada vez que, antes de cada partido, Siena bajaba a darle un beso para desearle suerte. Cerró los ojos con fuerza. No entendía cómo aquello podía seguir doliéndole después de tantos años y de todas las mujeres que habían pasado por su vida, aunque, para ser justo con ellas, él nunca había dejado que ninguna se acercase lo suficiente como para terminar encariñándose y tener algo más. Pero Zoe Matson estaba pasando todas las barreras que él se había esforzado tanto por mantener sujetas y en pie durante todos esos años.

Cuando salió con el resto del equipo hacia el autobús que esperaba para recogerlos y llevarlos al hotel a descansar, se preguntó qué iba a hacer. ¿Ignorar que le había dado un beso? ¿Hablar con ella del tema? ¿Fingir que no había ocurrido nada o todo lo contrario?

Eso ya lo había intentado una vez y no había funcionado demasiado bien.

Al subir al bus y ver que el portavoz del equipo se había sentado junto a ella para hablar de algo de trabajo, casi sintió un poco de alivio. Intercambiaron una mirada intensa y a él le calentó el pecho ver esos ojos grisáceos atentos a todos y cada uno de sus movimientos.

Avanzó hacia el final del vehículo y se sentó junto a sus compañeros. Cuando llegaron al hotel, algunos jugadores comentaron que se quedarían en el restaurante cenando, pero él prefirió pedir en recepción que le subiesen la cena a la habitación. Se giró hacia Zoe.

—¿No tenías que hacerme esa entrevista?

—¿Qué entrevista? —preguntó ella.

—La que me has dicho antes del partido. Podrías hacérmela ahora, mientras cenamos. Mañana nos marcharemos pronto. —Intentó disimular, pero supo que Ethan cazó al vuelo que algo raro ocurría entre él y Zoe, que empezó a sonrojarse. Estaba adorable así.

—Claro, esa entrevista. —Le siguió el juego.

Cuando subieron en el ascensor, lo hicieron acompañados por otros dos compañeros que paraban en su misma planta. Una vez allí, Jaxon abrió su habitación con la llave y ella entró tras él. Se quedaron en silencio con las luces apagadas.

—En cuanto a lo de antes... —empezó a decir.

—El beso —remarcó ella y luego encendió las luces.

—Sí, eso quería decir... —suspiró incómodo.

Zoe notó que le ardían los ojos y parpadeó rápido.

—Está bien, déjalo, no hace falta que digas nada. Entiendo que fue una cosa del momento o lo que sea. Somos amigos, ¿verdad? O al menos estamos en ello. No le demos más vueltas.

Jaxon la miró pensativo mientras ella se quitaba la chaqueta y se sentaba en el sofá que había en la parte del salón de la inmensa habitación. Él abrió el minibar y, por primera vez en mucho tiempo, se sirvió una copa, aunque normalmente apenas bebía alcohol. Casi se la terminó de un trago al tiempo que contemplaba a Zoe encendiendo el televisor y, después, conectando la videoconsola que estaba debajo y que él había pedido expresamente al servicio de habitaciones del hotel nada más llegar. Jugar un rato los días después del partido siempre solía despejarle y destensarle, como si se evadiese del mundo real momentáneamente.

Se sentó en el brazo del sofá sin dejar de mirar como ella sonreía como una niña y usaba el mando para configurar una nueva partida. El deseo de besarla empezaba a ser demasiado intenso. El problema era que se daba cuenta de que no podía seguir comportándose como una veleta y, si repetía con Zoe, lo suyo dejaría de ser tan solo *un lío de una noche* y pasaría a ser algo más y diferente, algo que no había tenido con nadie desde que Siena y él rompieron ese maldito compromiso. Se le formaba un nudo en la garganta solo de pensar en qué significaba aquello, porque la idea de estar enamorándose de

Zoe lo aterraba profundamente.

—Zoe... Yo creo que deberíamos...

Pero se interrumpió cuando llamaron a la puerta. Suspiró, dejó la copa sobre la mesa del centro y fue a abrir. Le dio propina al chico que le dejó el carrito con la cena y después lo metió dentro y lo acercó hasta ella, que sonrió animada mirando la comida.

—¡Menos mal! Estaba a punto de desfallecer.

—¡Qué exagerada! —Sonrió mirándola.

—¡Es cierto! Me rugen las tripas.

Puso en pausa la partida para atacar los platos que habían pedido: tallarines con setas, carne con salsa de quesos, ensalada con frutos secos y miel y de postre suflé de chocolate.

Jaxon disfrutó viéndola comer. Y hablar.

Estuvieron un rato relajados, hablando de cualquier cosa sin pensar, con esa comodidad que sentía con ella y que cada vez le asustaba más. Lo había notado por primera vez en lo alto de aquella azotea en la que coincidieron esa noche, cuando él terminó contándole media vida suya como si fuese de lo más normal, cuando habitualmente solía ser la persona más reservada y poco dada a airear sus cosas del mundo. Ahí debería haber empezado a darse cuenta de que Zoe le traería muchos problemas que no sabía cómo manejar.

—Así que el cuatro de julio irás a casa —repitió.

—Sí, ese día y en Navidad suelo hacerlo.

—Pensaba que te llevabas mal con tu padre y tus hermanos.

—No tenemos una relación estrecha, por desgracia —explicó ella—. Pero los quiero. A veces una no puede evitar ignorar los defectos cuando se trata de familia. Sé que no son los mejores del mundo, pero mi padre nos crió solos cuando nuestra madre nos abandonó y, mis hermanos, a pesar de compartir una sola neurona, cuidaron de mí en el instituto, porque jamás permitieron que nadie se metiese conmigo. Solo por eso les guardo cariño.

Jaxon se quedó mirándola largo rato.

—Eres alucinante, Zoe Matson —dijo.

—El cumplido sorprende viniendo de ti.

—Que tengas esa opinión de mí me dice que debo de ser un idiota sin arreglo, pero lo pienso de verdad. Creo que eres una mujer increíble —comentó y, después, siguió comiendo como si nada, ignorando que Zoe no podía hacerlo porque sus palabras le habían provocado un nudo en el estómago y que el corazón le latiese más deprisa.

—Tú tampoco estás mal, Jaxon Baker —bromeó.

Él le sonrió consiguiendo que sintiese un escalofrío al ver la expresión de su rostro. Zoe se obligó a comer más rápido tan solo para mantener las manos ocupadas y, cuando quiso darse cuenta, ya se había terminado todo lo que tenía en el plato y solo le faltaba rebañar los restos de salsa con un trozo de pan. Lo apartó con un suspiro y se sentó en el sofá mientras él seguía cenando en silencio, mirándola de ese modo tan intenso que casi quemaba.

Recordó la sensación de sentirlo dentro de ella y tuvo que respirar hondo para contener el deseo que la sacudió. Buscando volver a tener algo entre las manos, cogió el mando de la videoconsola, la encendió y cargó una partida. Algunos zombis empezaron a surgir de entre las sombras y Zoe pronto se vio inmersa en el juego, al menos hasta que él se acabó la cena y se acomodó a su lado, tan cerca que sus piernas se rozaban y el calor de Jaxon parecía traspasar la ropa que los dos llevaban puesta. Le dio el mando cuando mataron a su personaje y la partida llegó a su fin.

—¿Quieres jugar?

—Quiero jugar... —susurró él—. Pero no precisamente a esto.

Apartó el mando a un lado, dejándolo sobre la mesa.

Se miraron durante unos segundos llenos de tensión, hasta que Jaxon no pudo más y rompió la escasa distancia que los separaba cuando cubrió sus labios al tiempo que dejaba escapar un gruñido de alivio. Porque besarla era un poco así, como sentir que algo se liberaba en su interior, haciendo que la carga que lo acompañaba siempre fuese de repente más ligera.

Zoe enredó los dedos en su cabello y tiró con suavidad mientras los labios de Jaxon presionaban los suyos con más fuerza. La impaciencia se apoderó de ellos en cuanto sus lenguas se encontraron. Él estuvo a punto de romper la tela de su camiseta cuando se la sacó bruscamente por la cabeza, tirando de la prenda de ropa como si no hubiese nada más en el mundo que pudiese estorbarle así. Zoe lo despojó a él de la suya casi con la misma desesperación,

entre respiraciones entrecortadas y jadeos que ahogaban en los labios del otro.

—Te necesito... —susurró Zoe y, conforme dijo esas palabras, tragó saliva con fuerza y escondió el rostro en el pecho de él mientras terminaba de quitarle la falda. Nunca le había dicho eso a un hombre. Ni a nadie, ya puestos. Porque Zoe solía hacer las cosas por sí misma y *necesitar* era una palabra que abarcaba tanto que le daba terror.

—No dejes de besarme —murmuró él mientras la cogía en brazos, desnuda, y la llevaba hasta cama. La tumbó allí y la devoró otra vez antes de hablar sobre sus labios entreabiertos, esos que lo estaban volviendo loco—. Me encanta tu boca. Me encanta en todos los sentidos, cuando la usas para contestarme cualquier gilipollez en la que no tienes razón y cuando la usas para besarme. Es... perfecta. Tú eres perfecta.

Zoe lo abrazó. Sintió cómo se hundía lentamente en su interior y cerró los ojos; no supo si lo hizo por todo lo que estaba sintiendo en aquel momento o para contener las lágrimas. Porque, en el momento en el que sus cuerpos encajaron, se dio cuenta de que había cometido el terrible error de enamorarse de él. Toda su vida consiguiendo no tropezar en algo así y al final había caído hasta el fondo como si llevase semanas caminando sin pensar dónde ponía los pies. Y con el hombre menos adecuado del mundo. Ese que llevaba años sin tener ninguna relación seria y que tan solo podría corresponder su deseo, pero no su amor.

Escondió el rostro en su cuello cuando Jaxon comenzó a moverse cada vez más deprisa. Su aliento cálido le hacía cosquillas en la mejilla, su olor era delicioso y, cuando una oleada de placer la atravesó, no pudo evitar clavarle las uñas en la espalda y gemir contra su piel. Intentó recuperar el ritmo de la respiración mientras él terminaba poco después gruñendo su nombre, que en sus labios sonó tan íntimo y profundo que la asustó.

Jaxon sentía su corazón bombeando a mil por hora.

Era como si hubiese estado muerto durante los últimos años, acostándose con chicas que pasaban por su vida sin dejar ninguna marca de que habían estado en ella, y de repente ahí estaba Zoe, aún entre sus brazos, recordándole lo peligroso que era enamorarse de alguien, tener esa sensación de querer conocer mejor a la hora persona. Porque, cuando él acababa de correrse, lo único que deseaba siempre era levantarse, limpiarse y pensar en qué hacer a continuación o, mejor dicho, en cómo conseguir largarse para ocuparse de cualquier otra cosa. En cambio, en esos momentos lo único que deseaba era quedarse entre las sábanas toda la noche, hablar con ella, reírse de alguna de sus contestaciones, mirarla hasta cansarse y, después, volver a hacerle el amor. O meterla en la ducha. Recorrer su piel a besos.

—Debería... debería irme...

Jaxon la miró y respiró hondo.

Se apartó un poco para dejarle espacio y, entonces, al hacerlo, se dio cuenta de que Zoe tenía las mejillas húmedas por el rastro de las lágrimas y

se quedó sin aire.

—¿Zoe? ¿Estás llorando...?

—No. No, qué va. —Se puso en pie.

Buscó sus cosas por el suelo y se puso la ropa interior rápidamente. Jaxon también lo hizo antes de atravesar la habitación y sujetarla por los hombros para obligarla a mirarlo.

—¿Qué te ocurre? Habla conmigo.

—Estoy bien, de verdad —mintió.

—Vamos, confía en mí, somos amigos, ¿no?

No supo por qué dijo precisamente aquello. Jaxon tenía un nudo en el estómago. Zoe lo miró dolida y después se apartó y se agachó en el suelo para coger su camisa.

—Preciosa, ¿qué ocurre? ¿No te lo has pasado bien?

Se giró hacia él. Tenía los labios apretados y los ojos vidriosos.

—No me hables como si fuese uno de tus ligues.

—¿Qué es lo que quieres, Zoe? —le preguntó él.

Le aterraba la respuesta. Una parte de Jaxon no quería escucharla porque aún no estaba preparado para hacerlo. Era consciente de que lo que sentía por Zoe era algo especial, distinto, pero no estaba preparado para entregar de nuevo su corazón. Por un momento pensó que si pudiesen mantener aquello sería perfecto; sencillamente verse de vez en cuando, pasar un rato juntos, hacer el amor un par de veces a la semana...

Una relación sin llegar a serlo. Sin compromisos.

Porque la idea de renunciar a ella le parecía imposible, pero la de prometerle algo más estaba tan lejos y tan enterrada en su interior que casi le hacía temblar.

—No quiero nada, Jaxon. Lo siento... —Alzó la cabeza hacia él y, por primera vez, Jaxon no vio a esa chica fuerte y decidida que estaba acostumbrada a ser, sino a la otra, la parte de Zoe que se había pasado toda su vida sola, saliendo adelante por sí misma, con todas las carencias que implicaba aquello, el anhelo en sus ojos y el deseo de que él la abrazase. El problema era que Jaxon no podía darle aquello—. Solo ha sido otro desliz, pero no puede volver a ocurrir. Nunca debería haber pasado —añadió con la voz temblorosa.

—No digas eso. Podríamos...

—¿Qué? Venga, dilo —pidió.

—Podríamos tener algo así.

—¿Algo así? ¿Acostarnos de vez en cuando?

—Sí, eso. —Respiró hondo—. Tú lo dijiste aquel día, en tu casa.

Zoe cerró los ojos al recordar sus propias palabras. *Te conozco. O, mejor dicho, conozco a los hombres como tú. Sé que no quieres responsabilidades, ni nada que pueda romper tu concentración en el juego. Sé que no eres de relaciones largas y que, además, en caso de que algún día tengas una no será con una chica corriente como yo. Pero, por suerte, has tropezado con*

alguien que piensa lo mismo que tú y que no espera nada de ti. Sacudió la cabeza para alejar aquel momento, porque, aunque solo hacía dos semanas de aquello, le parecía lejano. Y un poco turbio también, porque quizá no había sido del todo sincera consigo misma ni por aquel entonces. Lo único que sabía a ciencia cierta era que en aquellos momentos no se veía capaz de mantener una relación así con Jaxon, porque era consciente de que quería más, mucho más. Quería poder conocerlo de verdad, que él le hablase de Siena, de su pasado, de sus miedos, de todo. Quería despertarse cada mañana a su lado, tomarse el primer café del día junto a él y volver a verlo al anochecer.

Zoe nunca había deseado algo así, pero no estaba dispuesta a negárselo durante más tiempo. Podría haber seguido fingiendo que era una chica dura que no sentía nada más por él, pero le parecía una traición hacia sí misma, así que negó con la cabeza.

—Ya no quiero lo mismo —dijo temblorosa.

—¿Y qué es lo que quieres, entonces?

—Más. Algo real, de verdad.

—Zoe... no hagas eso... —le rogó.

Estaba a punto de darse la vuelta, pero lo pensó mejor y se giró para mirarlo una última vez, porque quería gastar todas sus cartas, darle la oportunidad de demostrarle que podía abrirse de ella e intentar que aquello que tenían no fuese una mera aventura.

—¿Qué fue lo que te pasó con Siena?

Jaxon arrugó la frente y negó con la cabeza.

—¿A qué viene eso? ¡Zoe, por favor!

—¿No vas a contármelo? —insistió.

—No hay nada que contar, joder.

—Ibas a casarte con ella —le recordó.

—Ya, pero no lo hice. Fin de la historia. En cuanto a nosotros...

—No existe un *nosotros* así, no si ni siquiera eres capaz de confiar en mí ni dejar que te conozca. Y puedo entenderlo, Jaxon, pero no intentes que me conforme con menos de lo que me merezco —concluyó antes de darse media vuelta y salir de la habitación.

Avanzó por el pasillo como pudo, intentando mantenerse serena. No tardó en escuchar los pasos de Jaxon siguiéndola y su respiración agitada cerca, casi en su espalda.

—¡Espera, Zoe! Vamos a hablar.

—Ya no tenemos nada más que...

Pero antes de que pudiese terminar la frase, justo cuando casi llegaba a la puerta de su habitación, notó cómo un líquido frío la empapaba de arriba abajo. Se estremeció. Los cubitos de hielo rodaron por el suelo del pasillo y las risas de los chicos del equipo se escucharon alrededor. Sabía que solo era una de sus novatadas, tirarle un cubo de agua helada por encima, pero en aquellos momentos estaba tan cabreada y decepcionada, que notó cómo una

bola se formaba en su estómago. Una bola de fuego. Apretó los puños.

—¡Estoy harta de vuestras gilipolleces! —gritó—. ¡Sois unos críos mimados que no dejáis trabajar a los demás! ¿Qué os he hecho yo para tener que aguantar esto?

Miró las caras de todos, que de repente parecieron encogerse ante ella, arrepentidos. Se sintió mal durante un segundo, porque sabía que no eran malos chicos, pero sentir a Jaxon tan cerca, tenerlo justo en su espalda, no ayudaba a calmar la situación.

—Lo sentimos mucho, Zoe —dijo Rick.

—Sí, cuando pensamos en gastarte esta broma no creíamos que te lo tomarías tan mal, ¿verdad, capitán? —preguntó Sean alzando la vista hacia Jaxon.

Era lo que le faltaba. Respiró profundamente.

Cuando se giró hacia él, lo hizo temblando.

—¿Tú sabías esto? ¿Por eso me invitaste?

No dijo *a tu habitación*, porque todos los demás estaban delante, aunque era bastante obvio. Si había acordado entretenerla hasta que los chicos llegasen y ella regresase a su dormitorio...

—¡No! Quiero decir, sí que lo sabía, pero ni siquiera me acordaba, Zoe.

—¡Vete a la mierda, Jaxon Baker! —Parpadeó para no llorar de nuevo delante de él como una niña asustada—. Lo peor de todo es que pensé, por un momento pensé, que valías la pena. Pero está claro que me equivoqué. —

Metió la llave en la cerradura.

—Zoe, ¡espera! ¡Maldita sea! —Jaxon cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, escuchó el portazo y ella ya había desaparecido dentro de la habitación. Tenía una mirada tan feroz y peligrosa, que los chicos rápidamente se escabulleron sin decir nada más y él se quedó solo delante de la puerta cerrada.

Llamó un par de veces, le pidió que le abriese, pero no obtuvo respuesta.

Apoyó la frente en la madera y fue muy consciente de que la había cagado hasta el fondo y de que, probablemente, iba a perder a la única chica interesante y distinta que se había tomado la molestia de ver más allá de lo que el resto veían; a un tipo serio y centrado en el equipo, a ese que parecía tan vacío que asustaba. El problema era que Jaxon necesitaba tiempo, porque nunca se había permitido aceptar y asimilar lo que pasó con Siena, así que directamente se aferró a la idea de no dejar que nadie más tuviese poder sobre su corazón, así de fácil. Y ahora estaba tan perdido como un crío en medio de una ciudad que no conoce.

Regresó a su habitación. Se dijo que al día siguiente se esforzaría por ordenar su cabeza y tener una conversación de verdad con Zoe, porque era lo menos que ella se merecía, que intentase ser sincero. Se lo repitió varias veces antes de dormirse para intentar convencerse.

Pero cuando bajó a desayunar, ella no estaba.

Y cuando subió al autobús, tampoco la vio.

Frunció el ceño y se giró hacia el resto del equipo.

—¿Alguno de vosotros ha visto a Zoe?

—Yo —respondió Carter, un suplente—. Anoche no podía dormir, así que salí a dar una vuelta y vi cómo se marchaba del hotel de madrugada. Pidió un taxi y llevaba el equipaje.

—Joder. —Jaxon sacudió la cabeza.

14

Zoe lo decidió en el último momento. Supo que, por primera vez, el trabajo no era su prioridad. No, si a cambio iba a poner en riesgo su corazón. Así que, al día siguiente, en cuanto llegó a la ciudad por la mañana, fue a las oficinas de la Revista Golden Miller y se dirigió hacia el despacho de *la Bestia*, Dominic Miller.

Ava la saludó al verla llegar y le sonrió con dulzura.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó dándole un beso.

—Necesito hablar con Dominic. Ahora.

—¿Ahora? Me dijo que no lo molestase...

—Pero es urgente. Por favor.

—Está bien, espera un momento, veré qué puedo hacer. —Ava se alejó hasta su escritorio y cogió el teléfono. Intercambió un par de frases con su jefe y después, cuando colgó, terminó sonriendo—. Pasa. Te atenderá.

—Gracias, Ava —le sonrió.

Ni siquiera había dormido, así que debía de tener un aspecto terrible, porque había cogido un avión de madrugada y después había ido directamente desde el aeropuerto a las oficinas. Dominic alzó una ceja al verla y la miró con reprobación mientras ella se sentaba.

—¿En qué puedo ayudarte, Matson?

—Tengo un problema con el trabajo que te prometí que haría. —Fue directa al grano, no quería andarse por las ramas—. No puedo seguir encargándome del reportaje de New York Rangers. Lo siento. Sé que me comprometí a ello, pero...

—¿Por qué no? —preguntó con brusquedad.

Dominic tenía una mirada gris y fría, una mandíbula marcada y unos rasgos que lo hacían parecer un príncipe de un reino de hielo. Medía casi un metro noventa, vestía con trajes impecables y su voz era acerada y profunda, lo suficiente como para que cualquier persona lista se sintiese intimidada ante su presencia, porque era peligroso, para empezar, porque siempre conseguía lo que se proponía. En aquellos momentos, esos ojos persuasivos estaban clavados en los de Zoe y, aunque ella tenía mil excusas preparadas en la punta de la lengua, por alguna razón le salió la más ridícula. Y la verdad de todo el asunto.

—Porque me he enamorado.

—¿Cómo dices? —Frunció el ceño.

—Me he enamorado de uno de los jugadores y no puedo... seguir allí con ellos... viéndolo todos los días y jugando al rato y el ratón, ya me entiendes, así que...

—¿Crees que esto es un patio de colegio, Matson?

—No, pero...

—Es inadmisibile.

—Lo entiendo, en ese caso, supongo que tendré que dimitir. —Empezó a levantarse con lentitud y con el corazón latiéndole a mil por hora—. Lamento haberle hecho perder el tiempo y quiero sepa que estoy agradecida por la oportunidad que me dio en su día.

—Siéntate, Matson —gruñó Dominic.

Zoe volvió a sentarse en la silla, obediente.

—Haremos una cosa. Tú vas a tomarte una semana de vacaciones y no quiero verte por la oficina mientras tanto. Te relevaré de tus responsabilidades actuales y te asignaré unas nuevas, pero, escúchame bien, si vuelves a fallarme, estarás despedida. Y te aseguro que mis cartas de recomendación no se regalan, si es que esperas trabajar en otra empresa.

Zoe respiró aliviada e intentó no sonreír, porque conociendo a Dominic y la mirada fría que le estaba dirigiendo, supuso que no le gustaría demasiado.

—Gracias, Señor Miller. Prometo no volver a decepcionarle.

—Eso espero, Matson. Ya puedes irte.

Salió del despacho de *la Bestia* todavía con el corazón acelerado y las rodillas temblándole. En susurros, le contó a Ava lo que había ocurrido, que se mostró extrañada ante la actitud empática de su terrorífico jefe. Frunció el ceño en su bonito rostro.

—Hoy debe de tener un buen día —comentó.

—Pues menos mal —ironizó Zoe divertida.

Ava la cogió de la mano y se la apretó con cariño.

—Tómame esos días de descanso y, si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estoy. No lo digo por decir, va en serio. Hasta hace un mes nadie en esta empresa excepto vosotras se había acercado a hablar conmigo. Mi teoría es que les da miedo que sea la infiltrada del jefe o algo así y termine confesando sus pecados —bromeó riéndose.

—Yo creo que los intimidas —replicó Zoe—, porque ninguna de sus secretarias hasta la fecha había aguantado durante tanto tiempo. Eso les hace pensar que eres peligrosa.

—Lo soy —se burló Ava con los ojos brillantes.

—Y por eso me caes bien. —Zoe le dio un beso antes de marcharse.

Después se fue a su apartamento, donde ya estaban esperándola Jane y Gina porque las había llamado para que quedasen allí a la hora de la comida. Cuando llegó, descubrió que Gabe Jenkins, su jefe en la sección deportiva, también estaba en el salón.

—Lo siento mucho —susurró mirándolo.

—¡Ni se te ocurra pedir disculpas! —Se adelantó Jane abrazándola.

Gabe le palmeó la espalda cuando sus amigas la soltaron.

—Has hecho un buen trabajo. Yo me ocupo del resto.

—Gracias —consiguió decir antes de sollozar.

Se dejó mimar. Gabe se fue poco después, pero sus amigas se quedaron con ella comiendo unos tallarines chinos que pidieron del restaurante de

abajo, aunque Zoe apenas probó bocado, e insultando a Jaxon Baker de mil formas diferentes y retorcidas.

Hasta escuchar su nombre era doloroso.

No sabía en qué momento se había pillado por él, si fue antes o después de que se acostasen por primera vez. Pero lo que sí sabía era que nunca nadie la había decepcionado tanto. Cuando le preguntó por Siena y le dio esa última oportunidad para que él quisiese dar un paso al frente y confiar en ella, casi pudo ver ante sus ojos como Jaxon se cerraba en banda. Y cuando salió de la habitación y aquel cubo de agua helada con hielo cayó sobre ella, la rabia se apoderó de todo. Lo peor era que se sentía culpable por haberles gritado a los chicos, pero, al recordar la última mirada que Jaxon le había dirigido, hasta ese pensamiento se evaporaba rápidamente. ¿Por qué había dejado que pasara aquello?

—Me voy a ir, chicas —dijo de repente.

—¿A dónde? ¿A la oficina? —Gina la miró.

—No, a casa —especificó levantándose.

—Ya estás en casa —le recordó Jane.

—Iré a ver a mi padre. En unos días es el cuatro de julio, así que no pasará nada por adelantar un poco el viaje. Creo que me vendrá bien estar allí tranquila, no sé, es una intuición.

—Pero, Zoe, ¡no puedes irte! —Jane la miró impotente.

—Estaré bien, cielo. —Abrazó a su amiga—. Deja de preocuparte tanto

por mí.

—¡No digas tonterías! Pues pediré días libres e iré contigo.

—¡Yo también! —exclamó Gina.

—Ya, claro, chicas, y dejaremos la oficina vacía. —Se echó a reír—. No dramaticéis. De verdad que prefiero alejarme y pasar un tiempo con mi padre.

—Pero si te llevas fatal con él...

—Ya, pero aun así lo quiero.

—Eres muy rara, Zoe —insistió Gina.

—Cosas de familia. —Se encogió de hombros.

Sus amigas tardaron un poco más en aceptar su decisión, pero, cuando por fin lo hicieron, le ayudaron a preparar la maleta que quería llevarse. Una vez lo tuvo todo listo, llamó a un taxi que la llevó hasta la estación de trenes. Las chicas la acompañaron.

—Llámame en cuanto llegues —le repitió Jane.

—Sí, mamá —bromeó Zoe, aunque estaba a punto de llorar.

—Fuera de bromas, tienes que llamarnos —dijo Gina.

—Os lo prometo. De hecho, lo haré más a menudo de lo que os gustaría, porque es eso o terminar volviéndome loca en la soledad de allí —bromeó—, pero por otra parte creo que me vendrá bien estar unos días tranquila, lejos de la ciudad. Ver las cosas con perspectiva.

Y olvidarlo, dijo una voz en su cabeza.

Olvidarme de Jaxon Baker para siempre.

Tras abrazarlas un par de veces más, se subió a su tren y acomodó la maleta en el compartimento. Se pasó todo el camino despierta, pensando y recordando cada uno de los momentos que había pasado junto a Jaxon. La incomodaba no ser capaz de sacárselo de la cabeza y se preguntó cuánto tiempo necesitaría para olvidarlo. ¿Un mes? ¿Dos meses? ¿Más de tres...? Esperaba que no, porque era una tortura tenerlo tan presente.

Cuando llegó a su parada, bajó el equipaje con un poco de dificultad y se quedó mirando la desértica estación de trenes. Le había dejado a su padre un mensaje en el contestador diciéndole la hora a la que llegaría allí, pero imaginó que él dio por hecho que llamaría a un taxi una vez estuviese en la estación. Zoe suspiró y buscó su móvil.

Se giró cuando escuchó esa voz dura que conocía bien.

—Vaya, te has cortado el pelo. —Su padre le sonrió y se acercó hasta ella. Le dio un abrazo sencillo y corto, y después cogió el equipaje de sus manos y lo cargó hasta la furgoneta que había aparcado en la parte trasera de la estación.

—¿Te gusta cómo me queda? —En realidad hacía meses que se lo había cortado, pero su padre no la veía desde Navidad. Él le echó otro vistazo por encima del hombro.

—Sí, te favorece. Monta en este trasto.

Zoe obedeció y ocupó el asiento del copiloto. Siempre le había gustado aquella furgoneta vieja en la que sus hermanos solían ponerse delante y a ella

la dejaban en la parte trasera por mucho que protestase. Miró de reojo a su padre. No hablaron hasta que llegaron a casa y él le subió la maleta a su antigua habitación antes de regresar al salón.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un *whisky*?

—Sí, eso estará bien.

A Zoe no le sorprendió que su padre siguiese tratándola como a un chico más, así que, cuando le sirvió el vaso, ella intentó beberlo en sorbos pequeños y no hacer ninguna mueca, aunque, por suerte, estaba bastante acostumbrada. Miró a su padre, sentado en la vieja cocina en la que había crecido y suspiró profundamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él, aunque fue casi un gruñido. Su padre no era muy dado a hacer las cosas con tacto y delicadeza, incluso aunque sus intenciones fuesen buenas.

—¿Por qué los hombres sois así? —soltó de pronto Zoe—. ¿Por qué sois tan cabezones?

—Suenan a un problema de chicos... Jesús, esperaba que este día no llegase nunca...

—Da igual. No quiero hablar contigo —dijo Zoe.

—Puedo intentarlo —comentó su padre.

—No lo entenderías. Tienes una forma de pensar diferente. ¿Por qué te pasaste toda la vida siendo así? Sé que mamá nos abandonó, pero no tenías derecho a pagarlo conmigo.

—¿Eso piensas? —La miró dolido.

—Es que fue así —repitió ella.

—No es cierto. —Se sirvió otra copa—. Quería que fueses una mujer fuerte e independiente. Puede que te pudiese trabas y que te tratásemos entre todos como a un chico más, pero eso era porque quería que jamás tuvieses que necesitar o depender de nadie. Y parece que lo conseguí, ¿no? Te fuiste a la universidad, conseguiste una beca, sacaste una carrera y, mírate, ahora eres una mujer fuerte y nunca me necesitaste.

—Eso no es verdad. —Parpadeó para no llorar, porque jamás había imaginado que las intenciones de su padre fuesen esas—. También necesitaba un poco de cariño.

—Lo sé. Y lo siento. Yo estaba muy dolido, Zoe...

Vio que su padre contenía las lágrimas y apretaba la mandíbula. Por primera vez en su vida, ahora que sabía lo que era sufrir por amor, se preguntó cómo se habría sentido él el día que se levantó una mañana y descubrió que su esposa lo había abandonado junto a sus tres hijos. Ni siquiera sabía cómo era posible que hubiese conseguido sacarlos adelante.

Alargó una mano y, para sorpresa de él, la posó sobre la de su padre y se la apretó con delicadeza. Él asintió emocionado y correspondió el gesto.

Zoe sorbió por la nariz y, por primera vez en muchos años, le sonrió de verdad.

15

Jaxon llevaba días sin dormir. Durante el día, si se mataba a entrenar, podía pasarlo medianamente bien, aunque estaba de un mal humor permanente y los chicos del equipo casi empezaban a evitarlo cada vez que podían. Pero, cuando llegaba a su apartamento, la angustia y la ansiedad se apoderaban de él. Se sentía solo en aquel lugar tan vacío y la única persona que deseaba que estuviese a su lado, compartiendo el momento de la cena, viendo una película al terminar o jugando a la videoconsola, era Zoe Matson.

La chica que él había apartado de su lado.

Así que, al acostarse, en el silencio de la habitación, no podía pensar en otra cosa. Solo habían pasado tres días desde que la vio por última vez antes de que le cerrase la puerta de la habitación en las narices y tenía la sensación de que llevaba meses sin verla, porque la echaba de menos de una manera inexplicable. Y ese sentimiento le aterraba.

Pero aquel día al fin la vería.

Así que Jaxon se afeitó antes de salir de casa y, mientras se miraba en el espejo de la entrada, intentó repetir las palabras que mentalmente había preparado. Pensaba pedirle a Zoe que hablasen con calma, que le diese la oportunidad de explicarse...

Durante aquellos días no había dejado de darle vueltas.

Zoe era lista, divertida e increíble y él lo único que deseaba era recorrer su cuerpo a besos a todas horas, hacerle el amor y pasar más tiempo con ella. Como años atrás, cuando todavía creía en el amor, en las relaciones largas y en la idea de compartir su vida con otra persona.

Sabía que solo podía significar una cosa.

Que se había enamorado de Zoe.

Así que, cuando montó en su coche y fue camino del estadio, estaba terriblemente nervioso y cuando salió y entró en los vestuarios, le sudaban las manos. El miedo se apoderó de él durante unos segundos, pero intentó apartarlo. Mientras se cambiaba de ropa, su mejor amigo se acercó y le dio una palmada en la espalda.

—¿Has visto a Zoe? —le preguntó Jaxon.

—No. ¿Por qué? —Ethan lo miró—. ¿Ya empiezas a pensar con claridad?

—Algo así... —refunfuñó por lo bajo.

—Esa chica y tú sois como dos granadas a punto de explotar cada vez que estáis juntos, pero, curiosamente, creo que encajáis a la perfección. Ya va siendo hora de que dejes atrás lo que pasó hace años, Jaxon. Te mereces darte un respiro —añadió.

Jaxon no dijo nada, porque tenía un nudo en la garganta. Cerró su taquilla y respiró hondo para coger aire. Ethan tenía razón. Debía encontrar la manera de seguir adelante, porque, de lo contrario, perdería a Zoe. Y cuando

recordaba las palabras que ella había dicho aquella mañana mientras comían lasaña en su casa, esas que aseguraban que él terminaría de la mano de alguna modelo asistiendo a eventos varios, la angustia apenas le permitía sentir nada más. Porque no quería eso. Deseaba tener una relación de verdad, una persona al lado con la que se lo pasase bien y pudiese confiar. Y echaba de menos dormir abrazado al cuerpo cálido de una mujer, hablar en susurros hasta el amanecer y desprenderse de esa tensión que lo acompañaba a todas horas, como recordatorio de que no tenía que bajar la guardia.

Contuvo el aliento cuando la puerta de los vestuarios se abrió y uno de los socios de la directiva entró acompañado por un tipo al que ya recordaba haber visto antes, en entrevistas y algunas reuniones sociales esporádicas. Tenía una mirada serena, pero penetrante.

—Chicos, atendedme un momento. —Todos lo miraron—. Os presento al que a partir de ahora se encargará de llevar el reportaje de la revista Golden Miller, el reportero Gabe Jenkins. Supongo que algunos de vosotros ya lo conocéis. Los que no, aquí lo tenéis.

—Gracias por la presentación. —Gabe le sonrió.

El chico siguió hablando, pero Jaxon apenas escuchó ni una palabra más de lo que dijo, porque solo podía pensar en que Zoe había abandonado aquel puesto, su sueño, por él. Y se sentía como un imbécil de primera. Se llevó una mano al pecho y, antes de poder pensar en nada más, volvió a abrir la taquilla para buscar su teléfono y llamar al número de Zoe.

Nadie respondió al otro lado de la línea.

—¡Mierda! —masculló y después se abrió paso entre los chicos para llegar hasta Gabe, que acababa de salir de los vestuarios. Lo alcanzó poco después —. ¡Eh, espera!

Gabe lo miró por encima del hombro.

—Jaxon Baker —dijo—. Encantando.

Aceptó la mano que le tendió, estrechándosela.

—Necesito hablar contigo —comentó después.

—¿De qué se trata? —Gabe le prestó atención.

—Esa chica, la que estaba antes, Zoe Matson...

—Sí, mi compañera —asintió.

—¿Por qué se ha marchado?

—Pensaba que precisamente tú lo sabrías.

—Joder. —Soltó el aire que estaba conteniendo—. Necesito contactar con ella. ¿Puedes echarme una mano? Tengo que hablarle, explicarle algunas cosas...

—Lo siento, Jaxon...

—Por favor...

Él nunca rogaba. Nunca. Le parecía que hacerlo era echar su orgullo por el suelo y, otra cosa no, pero Jaxon Baker era un hombre orgulloso; sin embargo, en aquel momento ni siquiera lo pensó. No le asustó la idea de estar dispuesto a hacer cualquier cosa a cambio de conseguir lo que en esos

instantes más quería. A Zoe.

Gabe dudó, pero al final asintió lentamente.

—Veré que puedo hacer, pero no prometo nada.

—Espera. Tengo una idea. —Jaxon lo miró—. ¿Puedes conseguirme un hueco en la revista? Una página. Para mañana. Pasado, a lo sumo. Solo te pido eso.

—Eso es competencia de mi jefe...

—¿Y a tu jefe le gusta la audiencia?

Gabe sonrió de lado a lado y suspiró.

—No hay nada que a Dominic le guste más.

—Entonces me dará esa página, te lo puedo asegurar.

16

Zoe se despertó y se quedó mirando el techo de su antigua habitación. El dolor intenso seguía ahí y tenía el estómago cerrado, así que había comido poco durante los últimos días a pesar de la insistencia de su padre para que lo hiciese, como si todavía fuese una niña.

Cuando se levantó, su padre estaba en la cocina viendo la televisión. Se sentó junto a él y cogió una tostada que empezó a untar con mantequilla tras prepararse el café. Entonces escuchó su nombre y alzó la mirada hacia la pantalla: *Jaxon Baker, el famoso capitán de los New York Rangers, ha sorprendido hoy con la carta que ha salido publicada bajo su puño y letra en la revista Golden Miller. Sin embargo, a la llegada a la concentración del equipo esta misma mañana, se ha negado a hacer declaraciones a la prensa, por lo que algunos llegan a dudar de su veracidad...*

—¿Te encuentras bien? —Su padre la miró preocupado.

—Sí. No. En realidad, no. Necesito...

—Zoe, me estás asustando —dijo.

—Necesito conseguir esa revista...

Subió a su habitación, se cambió de ropa a toda prisa y, cuando volvió a bajar, su padre la esperaba de pie en la cocina, con la frente arrugada y los

brazos cruzados.

—¿Qué está pasando, muchacha?

—Ese chico... Jaxon —especificó.

—Sé quién es el capitán de los New York Rangers.

—Vale, pues también es el chico con el que tuve algo...

No supo cómo explicarle a su padre lo que habían vivido, porque ni siquiera sabía decírselo a ella misma sin que todo pareciera caótico y complicado.

—¿Estás bromeando conmigo? —le preguntó.

—No. Y es... distinto, no como parece en la tele.

—Muchacha, esos tipos juegan con las chicas como tú.

A Zoe le enterneció que, por una vez, su padre se mostrara abiertamente preocupado por ella, porque le gustó esa sensación de que alguien quisiera protegerla. Se puso de puntillas, le dio un beso en la arrugada mejilla y le pidió que confiara en ella, que sabía lo que hacía.

Él asintió con un gruñido y la dejó ir.

Zoe recorrió las calles del pueblo que tan bien conocía y en el que había crecido. Cuando consiguió llegar a la papelería que estaba en el centro, corrió a coger la revista y se esforzó para no ponerse a leerla en la cola. Pagó, salió, buscó un banco tranquilo en un parque y la abrió sin saber muy bien qué estaba buscando, hasta que lo encontró. Una página entera escrita que se titulaba "*Carta para la chica más increíble del mundo*".

Parpadeó para no llorar y empezó a leer en silencio.

Sé que tienes razones para no coger mis llamadas y para haberte marchado, pero no podía dejar que nuestra historia terminase sin antes intentar ser valiente y contarte toda la verdad, aunque eso signifique compartirla también con el resto del mundo, por mucho miedo que a veces nos dé dejar al descubierto las debilidades.

Mi debilidad fue mi propio orgullo. Pero me he dado cuenta de que ese orgullo no me devolverá a la chica que quiero, ni puede hablar por mí ni hará que todo se solucione. Así que ha llegado la hora de apartarlo a un lado y, por una vez, volver a dejar que sea mi corazón el que tome el mando.

Conocí a Siena cuando era casi un crío y me enamoré también así, sin condiciones. Como todo el mundo sabe, íbamos a casarnos, pero unas semanas antes esa boda se canceló. Lo que nadie sabe es por qué ocurrió, a pesar de las especulaciones. Y no se sabe porque yo mismo le pagué una suma importante de dinero para que Siena no desvelase nada; en aquel momento, me cerré tanto que pensé que mi intimidad era lo primero y que nunca volvería a dejar que nadie me importase lo suficiente como para hacerme daño de nuevo.

Pero la verdad es que Siena me engañó. Y que eso me dolió por mí, porque la quería, y también por mi orgullo, porque no podía soportar la idea de que la imagen que tenía delante del resto del mundo cambiase a partir de ese

momento. Pero ocurrió. Siena se acostaba con uno de mis mejores amigos, ese con el que entrenaba todos los días en la pista de hielo, y yo no supe cómo manejar la situación. Solo sabía que no soportaba imaginar a la gente a mi alrededor opinando sobre ello, así que hice lo imposible por conseguir que no saliese a la luz, a pesar de que un mes y medio después ellos se casaron y mucha gente pudo hacerse una idea de lo que eso significaba. A partir de ese momento, me cerré en banda. Nunca llevaba chicas a mi casa, jamás dejaba que supiesen demasiado sobre mí o mi vida, mis inquietudes, y me convertí en alguien inaccesible.

Hasta que llegaste tú, Zoe Matson.

No sé cómo, pero te colaste en mi corazón incluso cuando no había puertas ni ventanas abiertas. Ahora es tuyo. Y lo único que sé es que quiero volver a ser la persona que fui, esta vez con la chica adecuada, y volver a permitirme cometer errores y arriesgarme incluso sin saber qué ocurrirá al hacerlo. Lamento haber sido un idiota contigo, pero te prometo que esta carta es una declaración de intenciones y que, si me das otra oportunidad, intentaré ser el hombre que te mereces y no me importará lo que piense el resto del mundo o cuántas portadas salgan a partir de ahora en las revistas del país.

Si aún crees en un “nosotros”, ya sabes dónde encontrarme...

Tuyo, Jaxon Baker.

Zoe leyó las últimas líneas con dificultad, porque tenía la mirada borrosa por culpa de las lágrimas. Pensó que esa carta era el acto más valiente y desinteresado que conocía. Jaxon, el chico hermético y reservado, se había abierto delante de todo el mundo por ella. Sabía el esfuerzo que algo así le habría supuesto y, de repente, no pudo soportar la idea de estar tan lejos de él. Se levantó sin pensar y comenzó a caminar hacia la casa de su padre.

—Muchacha, ¿cómo ha ido todo?

—Bien, ahora bien —sorbió por la nariz.

—¡Pero si estás llorando! —exclamó alarmado.

—De alegría, papá. Tengo que hacer las maletas, pero te prometo que volveré pronto. Y, si todo sale como espero, no tardarás en conocer en persona al capitán de los New York Rangers. —Sonrió al ver la ilusión en la mirada de su padre. Sabía que era uno de sus jugadores preferidos y que, para él, sería un sueño tenerlo en su casa.

—Está bien, si necesitas cualquier cosa...

—Me bastará con que me lleves a la estación.

—Eso está hecho —le respondió de inmediato.

Unas horas después, Zoe llegó a Nueva York. Por suerte, sus amigas fueron a recogerla y la acompañaron en taxi directamente hasta el estadio, porque iban con el tiempo justo. Cuando llegaron, de hecho, el encuentro ya

había dado comienzo y Zoe y las demás se abrieron paso como pudieron para llegar hasta la zona reservada para los familiares y amigos de los jugadores. Por suerte, Sarah, la esposa de Ethan, la vio y las invitó a sentarse junto a ella en los asientos que estaban libres.

Iban ganando. Zoe estaba eufórica.

Durante el rato que duró el partido, se dedicó a levantarse del asiento, a gritar y a animar a los New York Rangers como una aficionada más. Durante uno de los descansos, cuando Jaxon alzó la mirada hacia el palco de los familiares como si la buscara directamente a ella, sintió que se le paraba el corazón. Le sonrió. Y él dio media vuelta y volvió a concentrarse en el encuentro que tenían que ganar aquel día.

Jugó como nunca. Cada vez que metía un tanto, Zoe soltaba un gritito de emoción y cada vez que algún jugador del equipo contrario le daba un golpe para intentar pararlo, ella cerraba los ojos y reprimía las ganas de bajar a la pista y chillarle que era un bruto sin escrúpulos.

—Pues sí que estás pillada —bromeó Jane mirándola.

—Un poco. Bastante. Está bien, hasta el fondo, lo admito —contestó Zoe sin apartar la mirada del encuentro mientras escuchaba a las demás reírse de fondo.

—¿Quién se lo iba a imaginar? —preguntó Gina.

—Yo —dijo Sarah—. Me hizo falta verlos un día juntos, durante aquella cena, para saber que saltaban chispas entre ellos. Algunas cosas son solo

cuestión de tiempo.

—¡Shh! ¡Dejad de hablar de mí como si no estuviera!

—Es que en realidad no estás, eres incapaz de dejar de mirar el partido. O a cierto hombre que juega este partido —apuntó Jane con una sonrisa divertida.

Zoe le dio un codazo, pero, en efecto, no apartó los ojos de la pista de hielo por la que se movían los jugadores. En concreto, su mirada estaba fija en el capitán y, cuando metieron el último tanto y sonó el silbato que anunciaba el final del encuentro, se levantó con los brazos en alto y gritó emocionada junto a las demás. Al menos, hasta que de repente vio que uno de los chicos se quitaba los patines, salía de la pista de hielo y avanzaba entre la grada ante la mirada atónita de los espectadores y los gritos ensordecedores.

Jaxon se quitó el casco poco antes de llegar hasta Zoe.

Tenía un discurso preparado, había estado todo el día pensando en qué le diría si se decidía a aparecer por allí y darle otra oportunidad, pero cuando la vio con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, lo único que pudo hacer fue inclinarse y besarla como si aquel fuese el último beso que fuese a darle en su vida, porque fue intenso, largo y romántico y no le importó que todo el estadio gritase y aplaudiese tan fuerte como para que pareciese que el techo terminaría cayéndose debajo de un momento a otro.

Se apartó para mirarla. Ella estaba sonriéndole.

—Has venido... —le dijo bajito.

—Claro que he venido, Jaxon.

—Eso significa... —tanteó nervioso.

—Pídemelo —se apresuró a decir ella.

—Vamos, no seas cría. Ven, dame un beso.

Zoe se apartó con una sonrisa traviesa. La gente seguía mirándolos y su imagen había aparecido delante de la pantalla gigante del estadio a pesar de que el encuentro había terminado. El resto de jugadores miraban la escena desde la pista y los espectadores pedían a gritos que volviesen a besarle otra vez más.

—Quiero que me pidas. Vamos, Baker, no te irás a echar a temblar ahora —lo retó.

—Maldita seas, Zoe —gruñó, pero el corazón le latía en el pecho lleno de alegría, de nervios y de felicidad. Cogió aire—. ¿Quieres salir conmigo? —preguntó a toda prisa.

—Sí, sí quiero —respondió ella.

Y después se lanzó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos antes de cubrir sus labios con los suyos en un beso que, al día siguiente, saldría en todas las portadas de las revistas del país, pero que, para ellos dos, era el comienzo de todo lo que estaban por vivir.

—Necesito que salgamos de aquí —susurró él besándola—. Porque quiero lamerte de arriba abajo y hacerte el amor hasta que no pueda más. Y aunque admito que esto de exponer mi vida a la prensa no es tan terrible como pensaba, quiero seguir guardándome algo para la intimidad. Porque, si no

fuese por eso, te juro que te desnudaría aquí mismo.

—Vámonos ya. —Zoe se echó a reír contra su cuello.

—Eso significa que estás de acuerdo conmigo.

—Esta vez, sí —le dijo mientras lo cogía de la mano y él empezaba a tirar de ella hacia el túnel del estadio—. Pero no te acostumbres, Baker. Ya sabes que me gusta llevarte la contraria, ¿no sería muy aburrido si no? —bromeó mirándolo.

Y él se echó a reír antes de volver a besarla, porque entendió entonces que la chica de los deportes había estado destinada desde el principio a poner patas arriba toda su vida. Y lo mejor era que le gustaba no saber qué ocurriría al día siguiente, siempre y cuando ella estuviese con él cuando despertase y cuando regresase a casa al caer la noche.

FIN.

Ya publicada...



Jane, perfeccionista y correcta, trabaja en la revista Golden Miller como redactora de la sección de bodas. Y, por supuesto, siempre ha soñado con casarse y tener un enlace perfecto, pero, hasta la fecha, su príncipe azul no ha aparecido y se conforma con acudir a las ceremonias de boda de la jet set de Nueva York para realizar reportajes completos.

Sin embargo, su trabajo soñado se convierte en una pesadilla cuando le asignan a Gabe Jenkins como compañero después de que este cometa una infracción y el jefe lo relegue de su habitual puesto como redactor deportivo. Gabe no solo no cree en el amor, sino que además es insolente, poco dado a seguir las normas y el polo opuesto de Jane.

¿Conseguirán entenderse siendo tan distintos?

Muy pronto...



Todo el mundo teme a Dominic Miller, el director de la revista más vendida de Nueva York, al que sus trabajadores apodan como “la Bestia”. Es hermético, imperturbable y su mirada fría y gris es capaz de conseguir cualquier reto que se proponga.

Solo Ava Bell, su nueva y eficiente secretaria, parece ser capaz de seguirle el ritmo. Sin embargo, cuando Dominic le pide que se haga pasar por su novia para cerrar un trato con unos importantes inversores, hasta ella empieza a tener dudas. El problema es que Ava esconde secretos y, para conseguir huir de un pasado que la atormenta, necesita ese trabajo, especialmente cuando Dominic le promete un aumento de sueldo si acepta el trato.

Pero ¿es realmente su jefe tan insensible como aparenta? ¿Y serán capaces de fingir que son novios sin terminar salpicados por su propia farsa?

Todas las de la serie...



Ya a la venta...

“La promesa de un beso” (ya a la venta)

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?

OLIVIA KISS

Besos #1

*La
promesa
de un beso*



“La distancia entre dos besos” (ya a la venta)

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregárselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



“Alguien que no esperas”

Patrick y Maya son amigos desde niños, a pesar de sus muchas diferencias. Él está acostumbrado a la popularidad en el instituto y a ser el centro de todas las miradas. Ella, por el contrario, es poco dada a ir a fiestas y está muy centrada en sus estudios. Pero, cuando están a solas, encajan de un modo perfecto.

Sin embargo, años después los dos han cambiado y cuando se reencuentran de nuevo al terminar la universidad en el pueblo donde crecieron juntos, Patrick descubre que Maya va a casarse. En teoría la noticia debería haberlo hecho feliz, pero no es así, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿siguen siendo solo amigos...?

